

José Triana: "La noche de los asesinos".

9 dramaturgos hispanoamericanos, Ottawa: Carol Books, 1977, 103-156

JOSÉ TRIANA  
(CUBA, 1931)

José Triana nació en Bayamo, Cuba en enero de 1931. Al terminar sus estudios en Santiago de Cuba, se mudó a España durante los años de Batista, donde publicó un libro de poesía y donde escribió sus primeras piezas teatrales. Al estallar la Revolución en 1959, regresó a Cuba y empezó a estrenar en seguida. Alcanzó fama internacional con la obra que se presenta aquí, *La noche de los asesinos*, en los años sesenta. Más tarde, por complicaciones con la política revolucionaria, se silenció la voz dramática de Triana hasta el año 80.

En sus primeras piezas, Triana mostró su sensibilidad por el ambiente cubano y provocó mucho interés por sus interpretaciones de los valores y las tradiciones culturales. Sus personajes pertenecen a las clases sociales más humildes, y los presenta en situaciones que ponen en evidencia la violencia y la brutalidad que pueblan ese mundo. La técnica de Triana, sin embargo, sobrepasa una presentación puramente realista de este ambiente al invocar consideraciones morales y metafísicas. Se le ha comparado a Genet y Artaud por la crueldad ritual que constituye la esencia de algunas de sus obras, aunque esto no disminuye en absoluto el valor original de sus creaciones.

En *El mayor general hablará de teogonía* (1957, estrenada en 1960) Triana establece las dimensiones míticas que van a prevalecer en sus obras posteriores. Los personajes representan la humanidad en todas sus debilidades. La culpa los consume, pero viven con la esperanza de desafiar la autoridad representada por el Mayor General. Planean un asesinato que contiene elementos cristianos del sacrificio y la comunión, pero el final resulta ser una parodia que desmitifica el proceso en su totalidad. *Medea en el espejo*, también estrenada en 1960, es una versión moderna en tres actos del conflicto clásico de Medea, localizada en un barrio pobre poblado de mulatos. La danza, la música, los tambores, y el habla típica, contribuyen al ambiente ritual en el que se desarrolla el acto homicida —la muerte de la pretendida y su padre— y la venganza tremenda de María (Medea) mediante la destrucción de sus hijos. La protagonista vacila entre la razón y la pasión más inflamada, y alcanza en su angustia niveles de pura tragedia en el sentido clásico.

Entre las otras obras tempranas de Triana figuran *La casa ardiendo* y *El Parque de la Fraternidad* (1962), *El incidente cotidiano* y *La visita del ángel* (1963). Del mismo año es *La muerte del ñeque*, una pieza que también tiene resonancias de la tragedia griega con la violencia y la

originalidad del hampa cubana. A la vez es la obra que ante todas las manifestaciones del juego, el simbolismo lúdico y la importancia en su teatro posterior.

La obra maestra de Triana, *La noche de los asesinos*, se estrenó en el festival de Teatro Latinoamericano en 1966 después de haber ganado el codiciado premio Casa de las Américas el año anterior. Inmediatamente se monta en varios festivales internacionales, primero en Nancy en Francia, lo cual tiene relevancia por el prestigio que contrae matrimonio, estando en Francia Triana. Triana es considerado sospechoso de actividades subversivas; sigue trabajando como editor en el Instituto del Libro y el Editorial Nacional de Cuba, pero le está vedada la carrera de escritor durante los años más represivos del movimiento castrista. Triana sigue escribiendo clandestinamente, sus obras no llegan a España hasta el año 80 cuando la pareja consigue permiso para viajar a Francia. Desde entonces está radicado en París donde dirige talleres de teatro y se dedica a sus actividades literarias y teatrales.

En su segunda época Triana ha sido reconocido mundialmente por su teatro, y ha recibido becas importantes de la Fundación Guggenheim y del gobierno francés. El hiato de unos 15 años de su capacidad dramática, y las piezas de esta segunda época, algunas escritas o esbozadas en Cuba, indican el mismo dramatismo que caracterizaba las piezas anteriores. A pesar de la desilusión con el proceso revolucionario, Triana sigue escribiendo sobre lo que conoce profundamente —su tierra natal y su historia, su lenguaje, sus valores y su carácter, pero al mismo tiempo sus obras netamente universales que fácilmente trascienden fronteras nacionales. Es tal vez por eso que Triana ha sido traducido a veinte idiomas.

La primera obra de esta segunda etapa es *Palabras con sabor a Cuba* como *Diálogo para mujeres* entre 1979 y 1980, en 1981, así como *World's Apart* montada por el Royal Shakespeare Company en 1987, el mismo elenco que llevó a las tablas *The Crucible* en anteriores. Basada en la novela *Las honradas* (1917) de la escritora cubana durante los años 1894 a 1914, época en la que cuando el país pasa de ser una colonia española a la de Estados Unidos por la guerra norteamericana. Muchos episodios de esta pieza metáfora se refieren a eventos relacionados con la Guerra de los Diez Años, lo que igual que el triángulo de personajes de *La noche de los*

obra se vale de tres hermanos parecidos que durante unos veinte años buscan su identidad durante una época en la que las normas y los valores de la sociedad están en crisis. Victoria, el personaje central de la acción, enfoca las actitudes sexuales y raciales en esta pieza metafórica de la sociedad actual donde los valores parecen haber cambiado muy poco.

*Ceremonial de guerra* (escrita 1968-73) está situada en Cuba en 1895 cuando la isla estaba involucrada en una lucha sangrienta por su independencia nacional. Las tropas españolas guarnicionadas en Cuba mantenían los arsenales y respaldaban un sistema político ya anacrónico y puesto en peligro. Los patriotas cubanos buscaban alternativas al control colonial y se oponían al sistema vigente. Los dos motivos que dominan en la obra son un mapa y la verdad, motivos dramáticamente relacionados. El mapa para la acción militar desaparece cuando un soldado herido se lo lleva a las montañas; la búsqueda del mapa y el conflicto que genera funcionan como metáfora de la búsqueda de la verdad, la cual es imprescindible para una campaña revolucionaria. Es claro que no puede existir una revolución verdadera si todo está basado en hipocresías y mentiras; o sea, la revolución está destinada a fracasar si la base es la decepción en vez de la verdad. Igual que la obra anterior, ésta también está construida con enigmas y misterios, los que constituyen como un signo de su teatro.

*Revolico en el Campo de Marte* (escrita en 1971), es una obra que depende de varios códigos estéticos, lingüísticos, sexuales y socio-económicos. Escrita totalmente en verso, juega con alusiones y metáforas en la economía cubana ("la danza de los millones") y las ilusiones azucareras de los años 70) por medio de unas escenas amorosas que remontan a una comedia de tipo capa y espada del Siglo de Oro español. En *Cruzando el puente* (1992) Triana utiliza el monólogo para enfocar la desilusión del personaje Heriberto al tomar su vida anterior, ya que es incapaz de enfrentarse a sí mismo. En un ambiente donde las colas cotidianas, la escasez de bienes y la represión política son constantes, es obvio el efecto psicológico del personaje atrapado en el sistema castrista, un tipo de exilio interior frente a la decadencia individual. *Están los tarahumaras* (1993) es una obra breve en un acto con personajes, El y Ella, que viven en un tipo de cementerio/pecera por medio de otros personajes. Es una pieza expresionista, por los efectos de la luz, en que los tarahumaras como seres

exóticos hacen hincapié en lo remoto —lo difícil que es establecer orden en la vida. Lo enigmático de la obra, que es otro signo recurrente en las obras de Triana, sirve aquí como metáfora de la vida bajo una dictadura represiva. *La fiesta, o Comedia para un delirio* (1993) es una obra en tres actos que también se aprovecha de la música, el verso y la iluminación para crear efectos casi mágicos entre los miembros de una familia que preparan una fiesta. Ubicada en Miami, la pieza refleja muchas de las distorsiones egoístas, amorosas y nocivas que caracterizan la misma sociedad habanera bajo la dictadura.

La pieza más reciente de Triana, *El último día de verano* (1994), carece de referencias específicas a Cuba, pero se remonta a la época revolucionaria por medio de un dictador, Valderrama, quien ha traído al lugar un reino de odio y represión. Queda implícita la correlación con la época revolucionaria en Cuba donde la figura opresiva no aparece (un recurso muy frecuente en el teatro contemporáneo), pero donde la gente está obligada a reconocer su propia responsabilidad. La figura central representa el esfuerzo por liberarse de los elementos nocivos de control burocrático. El sentido de ser enclaustrado en un ambiente desprovisto de todo sentido de amor humano es casi palpable en la obra. Igual que en muchas obras anteriores, aquí también Triana juega con formas misteriosas y enigmáticas dentro de un ambiente de ensueño donde resulta difícil establecer los límites de la realidad o el equilibrio. Los sentidos de odio, rencor y humillación deparan el tono de miseria.

La obra canónica de Triana, *La noche de los asesinos*, es la que figura en esta antología por ser una de las obras más ricas del repertorio teatral latinoamericano. Los tres participantes —hermanos adolescentes— ensayan un acto ritual como si estuvieran preparando el asesinato de sus padres. Se rebelan contra la autoridad, pero Triana no intenta atribuir culpa ni a los hijos ni a los padres. Todos son seres desilusionados, metidos en la dialéctica del orden/desorden donde tienen que luchar con la conciencia de su fracaso. El desdoblamiento del personaje y la manipulación de los varios niveles de la realidad compaginan con la simetría general y el paralelismo estructural entre los dos actos al crear una obra con dimensiones metateatrales. Sin dar una respuesta a todas las preguntas que plantea la pieza, Triana desafía las convenciones tradicionales con una obra teatral que choca con el ser y la sociedad, al mismo tiempo que penetra en sus más profundas esencias.

Actualmente Triana siente la misma dedicación al teatro que antes. Hombre de un sentido fuerte de la ética y la justicia humana, de compasión por todo ser marginado dentro de su sociedad, de una pasión y dedicación a su país de origen, de una capacidad enorme por el arte dramático (y también la poesía, otra forma que ha ejercido con frecuencia), Triana sigue siendo uno de los escritores más reconocidos dentro del ámbito teatral latinoamericano.

GEORGE WOODYARD  
UNIVERSITY OF KANSAS

JOSÉ TRIANA

## LA NOCHE DE LOS ASESINOS

A MARÍA ANGÉLICA ÁLVAREZ,  
A JOSÉ RODRÍGUEZ FEO

*Ay de tanto! Ay de tan poco! Ay de ellos!*

CÉSAR VALLEJO

*...cada uno es para sí un monstruo de sueños.*

ANDRÉ MALRAUX

*... este mundo humano entra en nosotros, participa en la danza de los dioses,  
sin retroceder, ni mirar atrás, so pena de convertirse como nosotros mismos:  
en estatuas de sal ...*

ANTONIN ARTAUD

*... Can we only love  
Something created by our own imagination?  
Are we all in fact unloving and unlovable?  
Then one is alone, and if one is alone  
Then lover and beloved are equally unreal  
And the dreamer is no more real than his dreams.*

T. S. ELIOT

## ESCENARIO

Un sótano o el último cuarto-desván.  
Una mesa, tres sillas, alfombras raídas,  
cortinas sucias con grandes parches de  
telas floreadas, floreros, una campanilla,  
un cuchillo y algunos objetos ya en  
desuso, arrinconados, junto a la escoba  
y el plumero.

## ÉPOCA

Cualquiera de los años '50

## PERSONAJES

LALO  
CUCA  
BEBE

Los personajes, al realizar las incorporaciones de otros personajes, deben hacerlo con la mayor sencillez y espontaneidad posibles. No deben emplearse elementos caracterizadores. Ellos son capaces de representar al mundo sin necesidad de ningún artificio. Téngase esto en cuenta para la elaboración del montaje y dirección escénicas. Estos personajes son adultos y sin embargo conservan cierta gracia adolescente, aunque un tanto marchita. Son, en último término, figuras de un museo en ruinas.

## ACTO PRIMERO

LALO—Cierra esa puerta. (*Golpeándose el pecho. Exaltado, con los ojos muy abiertos.*) Un asesino. Un asesino. (*Cae de rodillas.*)  
CUCA—(*A Beba.*) ¿Y eso?

BEBE—(*Indiferente. Observando a Lalo.*) La representación ha empezado.

CUCA—¿Otra vez?

BEBE—(*Molesta.*) Mira que tú eres... ¡Como si esto fuera algo nuevo!

CUCA—No te agites, por favor.

BEBE—Tú estás en Babia.

CUCA—Papá y mamá no se han ido todavía.

BEBE—¿Y eso qué importa?

LALO—Yo los maté. (*Se ríe. Luego extiende los brazos hacia el público en ademán solemne.*) ¿No estás viendo ahí dos ataúdes? Mira: los cirios, las flores... Hemos llenado la sala de gladiolos. Las flores que más le gustaban a mamá. (*Pausa.*) No se pueden quejar. Después de muertos los hemos complacido. Yo mismo he vestido esos cuerpos rígidos, viscosos... y he cavado con estas manos un hueco bien profundo. Tierra, venga tierra. (*Rápido. Se levanta.*) Todavía no han descubierto el crimen. (*Sonríe. A Cuca.*) ¿Qué te parece? (*Le acaricia la barbilla con gesto pueril.*) Comprendo: te asustas. (*Se aparta.*) Contigo es imposible.

CUCA—(*Sacudiendo los muebles con el plumero.*) No estoy para esas boberías.

LALO—¿Cómo? ¿Consideras un crimen una bobería? ¡Que sangre fría la tuya, hermanita! ¡Es cierto que piensas así?

CUCA—(*Firme.*) Sí.

LALO—¿Entonces qué cosa es para ti importante?

CUCA—Deberías ayudarme. Hay que arreglar esta casa. Este cuarto es un asco. Cucarachas, ratones, polillas, ciempiés... el copón divino. (*Quita un cenicero de la silla y lo pone sobre la mesa.*)

LALO—¿Y tú crees que sacudiendo con un plumero vas a lograr mucho?

CUCA—Algo es algo.

LALO—(*Autoritario.*) Vuelve a poner el cenicero en su sitio.

CUCA—El cenicero debe estar en la mesa y no en la silla.

LALO—Haz lo que te digo.

CUCA—No empieces, Lalo.

LALO—(Coge el cenicero y lo pone otra vez en la silla.) Yo sé lo que hago. (Coge el florero y lo pone en el suelo.) En esta casa el cenicero debe estar encima de una silla y el florero en el suelo.

CUCA—¿Y las sillas?

LALO—Encima de las mesas.

CUCA—¿Y nosotros?

LALO—Flotamos, con los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo.

CUCA—(Molesta.) Eso me luce fantástico. ¿Por qué no lo hacemos? Estás inventando algo maravilloso. Quien te oiga, ¡qué pensará! (En otro tono. Más dura.) Mira, Lalo, si sigues fastidiando, vamos a tener problemas... Vete. Déjame tranquila. Yo haré lo que pueda hacer y se acabó.

LALO—(Con intención.) ¿No quieres que te ayude?

CUCA—No le busques más los cinco pies al gato.

LALO—No te metas entonces con mis cosas. Yo quiero tener el cenicero, ahí. El florero, ahí. Déjamelos. Eres tú quien trata de imponerse; no yo.

CUCA—¡Ah, sí! ¡Qué lindo! ¡Ahora soy yo la que me impongo? ¡Vaya, hombre! ¡Esto no tiene precio! ¿Así que yo...? Mira, Lalo, no sigas, por favor. El orden es el orden.

LALO—No hay peor sordo que el que no quiere oír.

CUCA—¿Qué dices?

LALO—Lo que oíste.

CUCA—Pues, chico, no entiendo. Esa es la pura verdad. No sé lo que te traes entre manos. Todo eso me parece sin pies ni cabeza. En fin, que me hago un lío tremendo y entonces no soy capaz de hacer ni decir nada. Además, todo eso es terrible, si es como me lo figuro. A nada bueno nos puede conducir.

LALO—¿Otra vez el miedo? En el mundo, esto métetelo en esa cabeza de chorlito que tienes, si quieres vivir tendrás que hacer muchas cosas y entre ellas olvidar que existe el miedo.

CUCA—¡Como si eso fuera tan fácil! Una cosa es decir y otra vivir.

LALO—Pues intenta que lo que digas esté de acuerdo con lo que vives.

CUCA—No me atosigues más. Déjate de sermones, que eso no te sienta bien. (Sacudiendo una silla.) Mira cómo está esta silla, Lalo. ¡Quién sabe cuánto tiempo hace que no se limpia! Hasta telarañas, qué horror.

LALO—Qué barbaridad. (Acercándose cautelosamente, lleno de intención.) Los otros días me dije: «Debemos limpiar»; pero, después nos entretuvimos en no sé qué bobería y... fijate, fijate ahí... (Pausa. Con intención.) ¿Por qué no pruebas?

CUCA—(Casi de rodillas junto a la silla, limpiándola.) No me metas en eso.

LALO—Arriésgate.

CUCA—No insistas.

LALO—Un ratico.

CUCA—Yo no sirvo.

(Beba, que estaba en el fondo, limpiando con un trapo algunos muebles viejos y cacharros de cocina, avanza hacia el primer plano con una sonrisa hermética, sus gestos recuerdan por momentos a Lalo.)

BEBA—Veo esos cadáveres y me parece mentira. Es un espectáculo digno de verse. Se me ponen los pelos de punta. No quiero pensar. Nunca me he sentido tan dichosa. Miralos. Vuelan, se disgregan.

LALO—(Como un gran señor.) ¿Han llegado los invitados?

BEBA—Subían las escaleras.

LALO—¿Quiénes?

BEBA—Margarita y el viejo Pantaleón.

(Cuca no abandona su labor, aunque, por momentos, se queda abstraída contemplándolos.)

LALO—(Con desprecio.) No me gusta esa gente. (En otro tono. Violento.) ¿Quién les avisó?

BEBA—¡Qué sé yo!... No, no me mires así. Te juro que no he sido yo.

LALO—Entonces, fue ella. (Señala a Cuca.) Ella.

CUCA—(Limpiando todavía el mueble.) ¿Yo?

LALO—Tú, sí, tú. Mosquita muerta.

BEBA—A lo mejor fueron ellos los que decidieron venir.

LALO—(A Beba.) No trates de defenderla. (A Cuca, que se levanta y se limpia el sudor de la frente con el brazo derecho.) Tú, siempre tú, espíandonos. (Comienza a girar en torno a Cuca.) Asegurándote de nuestros pasos, de lo que hacemos, de lo que decimos, de lo que pensamos. Ocultándote detrás de las cortinas, las puertas y ventanas... (Con una sonrisa despectiva.) La niña mimada, la consentida, trata de

investigar. (*Entre carcajadas violentas.*) Dos y dos son cuatro. Sherlock Holmes enciende su pipa lógica. (*Como un exabrupto.*) Qué asco... (*En otro tono. Suave, como un gato en acecho.*) Nunca estás conforme. ¿Qué quieres saber?

CUCA—(*Llena de miedo, no sabe cómo meterse en situación.*) Yo,

Lalo, yo... a la verdad que... (*Bruscamente.*) No la cojas conmigo.

LALO—Entonces, ¿por qué buscas? ¿Por qué te mezclás a esa gente miserable?

CUCA—(*Con los ojos llenos de lágrimas.*) Si quieres que te demues-

tre que yo no tenía ninguna intención...

LALO—Eso es lo que no te perdono.

CUCA—(*Tratando de seguir en situación. Con cierta soberbia.*) Son mis amigos.

LALO—(*Con furioso desdén.*) Tus amigos. Me das lástima. (*Con una sonrisa triunfal.*) No creas que me engañas. Es estúpido. Haces el ridículo. Te opones, pero quieres esconderte como la gatica de María Ramos. Ya sé que no tienes valor para decir las cosas como son... (*Pausa.*) Si eres nuestra enemiga, enseña tus dientes: muérdete. Rebeláte.

CUCA—(*Fuera de situación.*) No sigas.

LALO—Hazlo.

CUCA—Me sacas de quicio.

LALO—Ten coraje.

CUCA—(*Sofocada.*) Perbóname, te lo suplico.

LALO—(*Imperativo.*) Vamos, arriba.

BEBA—(*A Lalo.*) No la atormentes.

LALO—(*A Cuca.*) Dame tu rostro.

CUCA—Me da vueltas la cabeza.

LALO—Ponte frente a frente.

CUCA—No puedo.

BEBA—(*A Lalo.*) Déjala un rato.

CUCA—(*Sollozando.*) No tengo la culpa. Soy así. No puedo

cambiar. Ojalá pudiera.

LALO—(*Molesto.*) ¿Qué comebolas eres!

BEBA—(*A Cuca.*) Ven, vamos... (*La aparta y la acompaña hasta una silla.*) Sécate esas lágrimas. ¿No te da vergüenza? Él tiene toda la razón. Quieras o no, tu atrevimiento es culpable. (*Pausa. Le alisa los cabellos con las manos.*) A ver, a ver. (*En tono muy amable.*) No pongas esa cara. Sonriete, chica. (*En tono maternal.*) No debiste de haberlo

hecho; pero si te decidiste, entonces hay que llegar hasta lo último. (*Haciendo un chiste.*) Esa naricita coloradita parece un tomatito. (*Dándole un golpecito a la nariz con el índice de la mano derecha.*) Bobita, qué bobota eres. (*Se sonríe.*)

CUCA—(*Aferrándose a Beba.*) No quiero verlo.

BEBA—Cálmate.

CUCA—No quiero oírlo.

BEBA—Él no se come a nadie.

CUCA—El corazón... ¿Óyelo, parece que va a estallar.

BEBA—Bah, no seas niña.

CUCA—Te lo juro, hermanita.

BEBA—Debes acostumbrarte.

CUCA—Quisiera echar a correr.

BEBA—Eso pasa al principio.

CUCA—No puedo aguantarlo.

BEBA—Después resulta fácil.

CUCA—Siento asco.

LALO—(*Con un caldero en las manos, haciendo una invocación.*) Oh, Afrodita, enciende esta noche de vituperios.

CUCA—(*A Beba, angustiada.*) Ha empezado de nuevo.

BEBA—(*A Cuca. Conciliadora.*) Déjalo; no le hagas caso.

CUCA—Me dan ganas de escupirlo.

BEBA—No lo pinches, que salta.

LALO—(*Como un emperador romano.*) Oh, asistíme; muero de hastío.

(*Cuca, incapaz de ponerse al mismo nivel de Lalo. lo repudia en tono de burla.*)

CUCA—Qué hazaña más extraordinaria. Es igualito que tu tío Chicho. ¿Verdad, hermana? (*Con asco.*) Eres un monstruo.

LALO—(*Como un señor muy importante.*) Mientras los dioses callan, el pueblo chilla. (*Tira el caldero hacia el fondo.*)

CUCA—(*Como la madre. En tono de sarcasmo.*) Tira, rompe, que tú no eres quien paga.

LALO—(*Con una sonrisa. Hacia la puerta.*) Oh, qué sorpresa.

BEBA—(*A Cuca.*) ¿Te sientes mejor? (*Cuca mueve la cabeza afirmativamente.*)

LALO—(Saludando a unos personajes imaginarios.) Pasen, pasen... (Como si les estrechara las manos.) Oh, qué tal... ¿Cómo está usted?

BEBA—(A Cuca.) ¿Te decides? (Cuca mueve la cabeza afirmativamente.)

LALO—(A Beba.) Están ahí.

BEBA—(A Lalo.) Déjalos, que ya se irán.

LALO—(A Beba.) Han llegado a pasmarnos.

CUCA—(A los personajes imaginarios.) Buenas noches, Margarita.

LALO—(A Cuca.) Vienen a olfatear la sangre.

BEBA—(A los personajes imaginarios.) ¿Cómo están ustedes?

CUCA—(A Lalo.) Tú siempre con tu mala intención.

BEBA—(A Cuca. Como la madre.) No enciendas la candelita. (A los personajes imaginarios.) El asma es una enfermedad pirotécnica. Seguramente sigue haciendo estragos.

LALO—(A Cuca.) Esto no te lo perdonaré.

CUCA—(Como si prestara atención a lo que hablan los personajes imaginarios. Con una sonrisa malvada a Lalo. Entre dientes.) Ojo por ojo y diente por diente.

BEBA—(Como la madre. A Lalo, entre dientes.) Disimula, muchacho.

LALO—(A Beba.) Es un insulto. (En otro tono. Con una sonrisa hipócrita a los personajes imaginarios.) ¿Y usted, Pantaleón? Hacía tiempo que no lo veía. ¿Estaba perdido?

BEBA—(Acosando a los personajes imaginarios.) ¿Cómo anda de la orina? A mí me dijeron los otros días...

CUCA—(Acosando a los personajes imaginarios.) ¿Funciona bien su vejiga?

BEBA—(Asombrada.) ¿Cómo? ¿Todavía no se ha operado el esfínter?

CUCA—(Escandalizada.) Oh, pero, ¿es así? ¿Y la hernia?

LALO—(Con una sonrisa hipócrita.) Usted, Margarita, se ve de lo mejor. ¿Le sigue creciendo el fibroma? (A Beba.) Atiéndelos tú.

BEBA—(A Lalo.) No sé qué decirles. Se me agotó el repertorio.

LALO—(Secretamente. Empujándola.) Cualquier cosa. De todas formas quedarás mal. (Va hacia el fondo.)

BEBA—(Mira a Lalo, angustiada. Pausa. Inmediatamente después se entrega a la comedia de los fingimientos.) Qué linda está usted. Me luce que la primavera le da... no sé... un aire especial, una fuerza, qué sé

yo... Hace calor, ¿verdad? Estoy entripada. (Se ríe.) Ay, Pantaleón, qué sinvergüencita es usted. Es un villanazo. Sí, sí. No se haga el chivo loco. La verruga se le ha puesto de lo más hermosa.

LALO—(Como Pantaleón.) No exagere, que no voy a creerle. Los años, mi hijita, lo van a uno deteriorando y acaban por hacerlo un trapo, que es lo peor del caso. (Se ríe, malicioso.) Si tú me hubieras conocido en mis buenos tiempos, cuando las vacas gordas... Ay, si aquella época resucitara... Pero qué va, pido un imposible. (Con un tono especial.) Hoy tengo un dolorcito clavado aquí... (Señala hacia la región abdominal.) Es como una punzadita, la punta de un alfiler... (Suspira.) Estoy viejo, hecho un carcamal. (En otro tono.) Y esto cada día va peor. Los hijos no respetan ni perdonan.

BEBA—(Como Margarita, molesta.) No digas eso, hombre. Parece mentira. (Secretamente.) ¿Cómo vas a nombrar la sogá en casa del ahorcado? (Con una sonrisa.) ¿Qué pensarán estos muchachos tan lindos y tan simpáticos? (A Cuca.) Ven acá, muñeca. ¿Por qué te escondes? ¿A quién le tienes miedo? ¿Quién es el coco? (Cuca no se mueve.) Ven acá, ¿soy acaso una vieja muy fea? Ven acá, no te pongas majadera, linda. Dime una cosa, ¿y tus papitos? ¿Dónde está tu mamita?

LALO—(Saltando de la silla. Violento, al público.) Ya lo ven. ¿No lo dije? A eso vinieron. Los conozco. No me equivooco. (A Cuca. Acusador.) Son tus amigos. Sácalos de aquí. Quieren averiguar... (Gritando.) Que se vayan al diablo. ¿Me oyes? Se acabó.

(Cuca no sabe qué hacer, se mueve, gesticula, quiere decir algo, pero no se atreve o no puede.)

BEBA—(Como Margarita. A Cuca.) No quiero irme tan pronto. Hemos venido a hacer la visita de costumbre. La debíamos desde el mes antes pasado. Además, estoy tan desmejorada. Tu madre debe tener algunas hojitas de llantén que me regale y un trocito de palosanto.

LALO—(Frenético.) Diles que se vayan, Cuca. Diles que se vayan al carajo. (Como si tuviera un látigo y los amenazara.) Fuera, fuera de aquí. A la calle.

CUCA—(A Lalo.) No seas grosero.

BEBA—(Como Margarita. Dando gritos ahogados de rebeldía.) Nos atropellan. Esto es una infamia, hijos del diablo.

CUCA—(A Lalo. Dueña de la situación.) Tú, por lo visto, pierdes los estribos muy fácilmente.



BEBA—(A los visitantes imaginarios.) Les ruego que lo disculpen.

CUCA—(A Lalo.) Ellos no te han hecho nada.

BEBA—(A los personajes imaginarios.) Tiene los nervios muy alterados.

CUCA—(A Lalo.) Eres un inconsciente.

BEBA—(A los personajes imaginarios.) El doctor Mendieta le ha mandado mucho reposo.

CUCA—(A Lalo.) Qué falta de tacto, de educación y de todo.

BEBA—(A los personajes imaginarios.) Es un ataque inesperado.

CUCA—(A Lalo, que se ríe con cierto disimulo.) Esto no tiene perdón de Dios.

BEBA—(A los personajes imaginarios.) Adiós, Margarita. Buenas noches, Pantalón. No se olvide. Mamá y papá fueron a Camagüey y no sabemos cuándo... Esperamos que vuelvan pronto. Adiosito. (Les tira un beso con fingida ternura. Pausa. A Lalo.) ¡Qué mal rato me has hecho pasar! (Se sienta al fondo y comienza a lustrar unos zapatos.)

CUCA—(Sutilmente amenazadora.) Cuando mamá lo sepa...

LALO—(En un exabrupto.) Ve a decírselo, anda. (Llamando.) Mamá, papá. (Se ríe.) Mamita, papito. (Desafiante.) No te demores. Anda. Sopláselo en los oídos. Seguramente te lo agradecerán. Vamos, corre. (Coge por un brazo a Cuca y la lleva hasta la puerta. Vuelve hacia el primer plano.) Eres una calamidad. Nunca te decides a fondo. Quieres y no quieres. Eres y no eres. ¿Crees que siendo así ya basta? Siempre hay que jugársela. No importa ganar o perder. (Sarcástico.) Pero tú quieres ir al seguro. El camino más fácil. (Pausa.) Y ahí está el peligro. Porque en ese estira y encoge, te quedas en el aire, sin saber qué hacer, sin saber lo que eres y, lo que es peor, sin saber lo que quieres.

CUCA—(Segura.) No te des tantos golpes de pecho.

LALO—Por mucho que quieras no podrás salvarte.

CUCA—Tú tampoco podrás.

LALO—No serás tú quien me detenga.

CUCA—Cada día que pasa te irás poniendo más viejo... y aquí, aquí, aquí, encerrado entre telarañas y polvo. Lo sé, lo veo, lo respiro. (Con una sonrisa malvada.)

LALO—Sí, y ¿qué?

CUCA—Hacia abajo, hacia abajo.

LALO—Eso es lo que tú quieres.

CUCA—No me hagas reír.

LALO—Es la verdad.

CUCA—Hago lo que quiero.

LALO—Al fin saltó el gallito de pelea.

CUCA—Digo lo que pienso.

LALO—Tú no te das cuenta que lo que yo propongo es simplemente la única solución que tenemos. (Coge la silla y la mueve en el aire.) Esta silla, yo quiero que esté aquí. (De golpe pone la silla en un sitio determinado.) Y no aquí. (De golpe coloca la misma silla en otro lugar determinado.) Porque aquí (Rápidamente vuelve a colocarla en el primer sitio) me es más útil: puedo sentarme mejor y más rápido. Y aquí (Sitúa la silla en la segunda posición) es sólo un capricho, una bobería y no funciona... (Coloca la silla en la primera posición.) Papá y mamá no consienten estas cosas. Creen que lo que yo pienso y quiero hacer es algo que está fuera de toda lógica. Quieren que todo permanezca inmóvil, que nada se mueva de su sitio... Y eso es imposible; porque tú, Beba y yo... (En un grito.) Es intolerable. (En otro tono.) Además, se imaginan que yo hago estas cosas por contradecirlos, por oponerme, por humillarlos...

CUCA—En una casa, los muebles...

LALO—(Rápido, energético.) Eso es una excusa. ¿Qué importa esta casa, qué importan estos muebles si nosotros no somos nada, si nosotros simplemente vamos y venimos por ella y entre ellos igual que un cenicero, un florero o un cuchillo flotante? (A Cuca.) ¿Eres tú acaso un florero? ¿Te gustaría descubrir un día que eres realmente eso? ¿O que como eso te han estado tratando buena parte de tu vida? ¿Soy yo acaso un cuchillo? Y tú, Beba, ¿te conformas con ser un cenicero? No, no. Eso es estúpido. (Con ritmo mecánico.) Ponte aquí. Ponte allá. Haz esto. Haz lo otro. Haz lo de más allá. (En otro tono.) Yo quiero mi vida: estos días, estas horas, estos minutos... Quiero andar y hacer cosas que deseo o siento. Sin embargo, tengo las manos atadas. Tengo los pies atados. Tengo los ojos vendados. Esta casa es mi mundo. Y esta casa se pone vieja, sucia y huele mal. Mamá y papá son los culpables. Me da pena, pero es así. Y lo más terrible es que ellos no se detienen un minuto a pensar si las cosas no debieran ser de otro modo. Ni tú tampoco. Y Beba mucho menos... Si Beba juega, es porque no puede hacer otra cosa.

CUCA—Pero, ¿por qué te ensañas con papá y mamá? ¿Por qué les echas toda la culpa?

LALO—Porque ellos me hicieron un inútil.

CUCA—Eso no es cierto.

LALO—¿Para qué voy a mentir?

CUCA—Tratas de encubrirte.

LALO—Trato de ser lo más sincero posible.

CUCA—Eso no te da derecho a exigir tanto. Tú también eres terrible. ¿Recuerdas cuáles eran tus juegos? Destruías todas nuestras muñecas; inventabas locuras; querías que nosotras fuéramos tu sombra, o algo peor, igual que tú mismo.

LALO—Era la única manera de librarne del peso que ellos me imponían.

CUCA—No puedes negar que siempre te han cuidado, que siempre te han querido.

LALO—No quiero que me quieran de esa forma. He sido cualquier cosa para ellos, menos un ser de carne y hueso.

(*Beba, desde el fondo, limpiando los zapatos imita al padre.*)

BEBA—(Como el padre.) Lalo, desde hoy limpiarás los pisos. Zurcirás mi ropa. Te advierto que tengas mucho cuidado con ella. Tu madre está enferma y alguien tiene que hacer estas cosas. (*Beba va hacia el fondo y continúa lustrando los zapatos.*)

CUCA—Mamá y papá te lo han dado todo...

LALO—(A Cuca.) ¿A costa de qué...?

CUCA—Pero, tú, ¿qué quieres?... Recuerda, Lalo, lo que ganaba papá. Noventa pesos. ¿Qué más querías que te dieran?

LALO—¿Por qué me dijeron desde el principio: «No vayas con Fulanito al colegio»; «No salgas con Menganito», «Perseñejo no te conviene»? ¿Por qué me hicieron creer que yo era mejor que cualquiera? Mamá y papá creen que si nosotros tenemos un cuarto, una cama y comida, ya es suficiente; y, por lo tanto, tenemos que estar agradecidos. Han repetido mil veces hasta cansarme que muy pocos padres hacen lo mismo, que sólo los niños ricos pueden darse la vida que nosotros nos damos.

CUCA—Compréndelos... Ellos son así... Después había que sacudirse.

LALO—Yo no pude. Creí demasiado en ellos. (*Pausa.*) ¿Y mis deseos? ¿Y mis aspiraciones?

CUCA—Desde chiquito quisiste salirte siempre con la tuya.

LALO—Desde chiquito, desde que era así, me dijeron: «Tú tienes que hacer esto»; y si lo hacía mal: «¿Qué se puede esperar de ti?» Y entonces vengan golpes y castigos.

CUCA—Todos los padres hacen lo mismo. Eso no significa que tú tengas que virar la casa al revés.

LALO—Quiero que las cosas tengan un sentido verdadero, que tú, Beba, y yo podamos decir: «Hago esto»; y lo hagamos. Si queda mal: «Es una lástima. Trataré de hacerlo mejor». Si queda bien: «Pues, ¡qué bueno! A otra cosa, mariposa». Y hacer y rectificar y no tener que estar sujeto a imposiciones ni pensar que tengo la vida prestada, que no tengo derecho a ella. ¿No has pensado nunca lo que significa que tú puedas pensar, decidir y hacer las cosas por tu propia cuenta?

CUCA—Es que nosotros no podemos...

LALO—(Violento.) No podemos. No podemos. ¿Vas a repetirme el cuento que me metieron por los ojos y los oídos hace un millón de años?

CUCA—Mamá y papá tienen razón.

LALO—Yo también la tengo. La mía es tan mía y tan respetable como la de ellos.

CUCA—¿Te rebelas?

LALO—Sí.

CUCA—¿Contra ellos?

LALO—Contra todo.

(*En ese instante vuelve Beba a repetir la aparición del padre. Estas intervenciones de Beba deben ser aprovechadas al máximo desde el punto de vista plástico.*)

BEBA—(Como el padre.) Lalo, lavarás y plancharás. Es un acuerdo que hemos tomado tu madre y yo. Ahí están las sábanas, las cortinas, los manteles y los pantalones de trabajo... Limpiarás los orinales. Comerás en un rincón de la cocina. Aprenderás; juro que aprenderás. ¿Me has oído? (*Vuelve hacia el fondo.*)

CUCA—¿Por qué no te vas entonces de la casa?

LALO—¿A dónde diablos me voy a meter?

CUCA—Deberías probar.

LALO—Ya lo he hecho. ¿No te acuerdas? Siempre he tenido que regresar con el rabo entre las piernas.

CUCA—Prueba otra vez.

LALO—No... Reconozco que no sé andar en la calle; me confundí, me pierdo... Además, no sé lo que me pasa, es como si me esfumara. Ellos no me enseñaron; al contrario, me confundieron...

CUCA—Entonces, ¿cómo quieres disponer, gobernar, si tú mismo confesas...?

LALO—Lo que conozco es esto; a esto me resigno.

CUCA—Te aferras...

LALO—Me impongo.

CUCA—Estás dispuesto, por lo tanto, a repetir...

LALO—Cuántas veces sea necesario.

CUCA—¿Y llegar hasta lo último?

LALO—Es mi única salida.

CUCA—Pero, ¿tú crees que la justicia no va a meter las narices en esto? ¿Crees que vas a poder tú solo contra ella?

LALO—No sé; aunque, quizás...

CUCA—¿De qué manera?

LALO—Espera y verás.

CUCA—Pues yo no te apoyo. ¿Me entiendes? Los defenderé a capa y espada, si es necesario. A mí no me interesa nada de eso. Yo acepto lo que mamá y papá dispongan. Ellos no se meten conmigo. Me dan lo que se me antoja... hasta pajaritos volando. Allá tú, que eres el más cabeciduro. Bien dice papá que eres igual que los gatos, que cierras los ojos para no ver la comida que te dan. (*Da unos pasos.*) Apártate. Jamás participaré en tu juego. (*A Beba.*) Conmigo no cuentas tú tampoco. (*En otro tono.*) Ay, librame, Dios mío, de esa voracidad. (*Pausa.*) Ellos son viejos y saben más que yo de la vida... Me parece una vejación, una humillación. Ellos han luchado, se han sacrificado; merecen nuestro respeto al menos. Si en esta casa algo anda mal, es porque tenía que ser así... No, no, yo no puedo oponerme.

LALO—(*Divertido. Aplaudiendo.*) Bravo. Estupenda escena.

BEBA—(*Divertida. Aplaudiendo.*) Merece un premio.

LALO—Hay que inventarlo.

BEBA—La niña promete.

LALO—Pero es imbécil.

BEBA—Es sensacional.

LALO—Es una idiota.

BEBA—Es una santa. (*Aplauden rabiamente y en tono de burla.*)

CUCA—Búrlense. Ya llegará mi hora, y no tendré piedad.

LALO—¿Así que ésas tenemos?

CUCA—Haré lo que me dé la gana.

LALO—Haz la prueba.

CUCA—Tú no me mandas. (*Da unos pasos atrás, apartándose.*)

LALO—(*Sarcástico.*) Estás cogiendo miedo. (*Se ríe.*)

CUCA—(*Furiosa.*) Tengo manos, uñas, dientes.

LALO—(*Agresivo, retador.*) Ahora soy yo el que manda. CUCA—No te acerques.

LALO—Harás lo que yo diga. (*La coge por un brazo y comienzan a forcejear.*)

CUCA—(*Furiosa.*) Suéltame,

LALO—¿Me obedecerás?

CUCA—Abusador.

LALO—Harás lo que se me antoje.

CUCA—Me haces daño.

LALO—¿Sí o no?

CUCA—Te aprovechas... (*Totalmente vencida.*) Sí, haré lo que me mandes.

LALO—Rápido. Levántate.

CUCA—(*A Beba.*) Ayúdame.

(*Beba da unos pasos acercándose a Cuca. Lalo en un gesto la detiene. Cuca hace un simulacro de que no puede levantarse.*)

LALO—Que se levante ella sola.

BEBA—(*A Lalo.*) Perdónala.

LALO—(*En un grito.*) No te metas.

BEBA—(*Desesperada.*) Ay, gritos y más gritos. No puedo más. Vine aquí a ayudarlos o a divertirme. Porque no sé qué hacer... Vueltas y más vueltas... Uno parece un trompo; y si no, esos gritos de los mil demonios por cualquier bobería: por un vaso de agua, por un jabón que se cayó al suelo, por una toalla sucia, por un cenicero roto, porque va a faltar el agua, porque no hay tomates... No me explico cómo pueden vivir así... ¿Acaso no existen cosas más importantes? Y yo me pregunto: ¿Para qué existen las nubes, los árboles, la lluvia, los animales? ¿No debemos detenernos algún día en todo eso? Y corro y me asomo a la ventana... Pero mamá y papá siguen gritando: «Esa ventana, el polvo, el hollín... ¿Qué estará pensando esa niña? Entra, que vas a coger un catarro». Si me voy a la sala y enciendo el radio: «Están gastando mucha corriente y el mes pasado y el antes pasado se gastó tanto y no se puede seguir gastando. Apaga eso. Ese ruido me atormenta». Si me pongo a cantar esa cancioncita que has inventado

últimamente: «La sala no es la sala»... entonces arde la casa, es un hormiguero revuelto y siguen, siguen gritando mamá y papá contra Lalo, Lalo contra mamá, mamá contra Lalo, Lalo contra papá, papá contra Lalo y yo en el medio. Al fin vengo y me meto aquí... Pero ustedes no tienen eso en cuenta y siguen discutiendo, como si esta casa se pudiera arreglar con palabras, y terminan fajándose también. Ay, no aguanto más. (*Decidida.*) Me voy. (*Lalo la sujetta por un brazo.*) Déjame. No quiero saber nada. Sorda, ciega. Muerta, muerta.

LALO—(*Con cierta ternura, aunque firme.*) No digas eso.

BEBA—Es lo que quiero.

LALO—Si tú quisieras ayudarme, quizás podríamos salvarnos.

BEBA—(*Lo mira repentinamente alucinada.*) ¿Qué estás diciendo? (*Se aferra a sus brazos.*) Sí, hoy podemos.

(*Rápidamente, Lalo coge dos cuchillos. Los observa de filo y comienza a frotarlos entre sí.*)

BEBA—(*A Lalo.*) ¿Vas a repetir la historia?

CUCA—(*A Beba.*) Por favor, no sigan.

(*Beba debe moverse en distintos planos del escenario. Cada personaje exige una posición distinta.*)

BEBA—(*Como una vecina chismosa.*) ¿Sabes una cosa, Cacha? La noticia apareció en el periódico. Sí, hija, sí. Pero la vieja Margarita, la de la esquina, y Pantaleón, el tuerto, lo vieron todo, con pelos y señales, y me contaron.

LALO—(*Frotando con cierta firmeza los dos cuchillos.*) Ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac.

BEBA—(*Como un comerciante español, borracho.*) El viejo Pantaleón y Margarita lo saben todo... Hay que joderse. Qué clase de hijos vienen al mundo. Dicen que ellos estaban como si nada... El fin del mundo se acerca, lo digo yo. Ya lo dice el refrán: «Cría cuervos...» (*Se ríe en tono burlón.*) ¿Ha visto la fotografía en primera plana?

LALO—(*Frotando violentamente los dos cuchillos.*) Ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac.

BEBA—(*Como Margarita, hablando con sus amigas.*) Nosotros fuimos a eso de las nueve, o de las nueve y media... La hora de las visitas... Pues bien, hija; yo desde que entré me dije: «Pá su escopeta. Aquí pasa algo raro». Tú sabes como yo soy. Tengo un olfato, tengo una vista... Y efectivamente... Qué espectáculo, niña. (*Horrorizada.*)

Qué manera de haber sangre. Era espantoso. Mira cómo se me ponen los pelos. Me erizo de pies a cabeza... Yo no sé, mi amiga, porque si uno pudiera... Figúrate, qué situación. Porque uno a la verdad no puede y entonces... es horrible, vieja... Y después un reguero, mira, es increíble... Creo que había unas jeringuillas ¿No es verdad, Pantaleón? Y pastillas y ámpulas. Esos muchachos son de mala sangre, y eso le viene de atrás. Ay, Consolación, pregúntale a Angelita, las cosas que ella vio hace unos días... Qué barbaridad. Y unos padres tan buenos, tan abnegados. Pero él, ese Lalo, es el cabecilla. No cabe la menor duda. Él fue, él y nadie más que él... Ah, si vieras el cuchillo. Qué cuchillo... Un matavaca, ángel del cielo.

LALO—(*Abstraído en su quehacer.*) Ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac.

BEBA—(*Como Pantaleón.*) Yo se lo dije a Margarita: «Mujer, hay que tener contención». En seguida empezó hablando de que si los hijos, de que si estos tiempos eran malos... Usted sabe cómo es ella. Esa lengua que no para un minuto. Ellos... No, ellos no. Mentira. Él, Lalo... Aunque a veces me inclino a pensar que, bueno, quién sabe quién fue... Pero, yo... mi hijito, casi lo afirmaría. Porque las muchachitas... me luce que no... Si tú hubieras visto, mi socio, la cara que puso Lalo... Era increíble. Una furia... Sí, sí, el diablo... Poco faltó para que nos entrara a golpes. Y yo, con mi artritis... Pero qué va, eso sí que no. Él, haga lo que haga, a mí eso me tiene sin cuidado, allá con su conciencia... Pero meterse con nosotros... Dios lo libre a él. El muy sinvergüenza, el muy degenerado... Ah, si llegas a ver el charco de sangre... y el olor... ¡Qué raro es todo, verdad! (*Con una risita histérica.*) No quieras haber visto aquello... Era horrible... Horrible, sí... Horrible es la palabra... Nosotros debemos hacer algo. (*Grandilo-cuente.*) Protestamos contra ese hijo desnaturalizado. (*En otro tono.*) ¿Qué le parece?

LALO—(*Continuando en su extraño quehacer.*) Ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac.

(*Lalo ha seguido frotando los cuchillos. Este acto, aparentemente simple, debe ir creando, acompañado de los sonidos emitidos por el propio Lalo, un climax delirante. Cuca se transforma en un vendedor de periódicos. Beba va hacia el fondo.*)

CUCA—(*Gritando.*) Avance. Última noticia. El asesinato de la calle Apodaca. Cómprelo, señora. No se lo pierda, señorita. Un hijo de treinta años mata a sus padres. ¡Mira... cómo corrió la sangre!... El

suplemento con fotografías. (Casi cantando.) Les metió a los viejos cuarenta puñaladas. Cómprelo. Última noticia. Vea las fotos de los padres inocentes. No deje de leerlo, señora. Es espantoso, caballero. Avance. (Va hacia el fondo.) Última noticia. (Lejano.) Tremendo tasajeo...

LALO—(Continuando en su labor.) Ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac, ric-rac.

(Pausa. Beba desde el fondo avanza hacia un primer plano.)

BEBA—(Como el padre.) Lalo, ¿qué has estado haciendo? ¿Y esa cara? ¿Por qué me miras así? Dime, ¿con quién anduviste? ¿Y esos cuchillos? ¿Qué vas a hacer? Responde. ¿Te has tragado la lengua? ¿Por qué has llegado tarde?

LALO—(Como un adolescente.) Papá, unos amigos...

BEBA—(Como el padre.) Dame acá. (Le quita violentamente los cuchillos.) Siempre con porquerías. (Probando el filo de un cuchillo.) Corta, ¿eh? ¿Vas a matar a alguien? Dime, respóndeme. No te quedas ahí como un pazuato. ¿Tú te has creído que te gobiernas? ¿Crees que voy a dejar que te gobiernes? ¿Crees que no tienes que pedirme permiso para nada? No te he repetido una y mil veces que éstas no son horas de andar por ahí. (Lo abofetea.) ¿Cuándo aprenderás a obedecer? ¿Cuándo?... ¡Ya ningún tipo de amenaza te detiene! ¿Entrarás por el aro, sí o no? ¿No ves a tu madre sufriendo, con el corazón en la boca? ¿Quieres, dime, matarnos de sufrimientos? ¿Qué te propones?... No tienes consideración conmigo... No sigas haciendo muecas. (Lo empuja hacia una silla.) Siéntate ahí. ¿Quieres probar otra vez el cuarto oscuro? (Lalo hace algún gesto.) No me contestes. ¡Esta falta de respeto! Yo que te lo he dado todo. Mal hijo. Mala entraña. Yo, que me sacrifico... Y eso que algunas veces tu madre me echa en cara que salgo con los amigos y con las compañeras de trabajo. Más de un negocio me ha salido mal por ti, por ustedes... ¿No estás viendo los sacrificios? Treinta años... Treinta años detrás de un buró, en el Ministerio, comiéndome los hígados con los jefes, pasando mil necesidades... No tengo un traje, no tengo un par de zapatos de salir... para que ahora nos pagues de esta manera. Treinta años, que no es cosa de juego. Treinta años soñando, para que ahora el hijo salga un vago, un mataperro... Que no quiere trabajar, que no quiere estudiar... Dime, ¿qué es lo que quieres? ¿Qué has estado haciendo?

LALO—(Tembloroso.) Estuvimos leyendo...

BEBA—(Como el padre.) ¿Leyendo, qué?... ¿Leyendo? ¿Cómo leyendo...?

LALO—(Cabizbajo.) Una revista de aventuras, papá.

(Cuca avanza desde el fondo segura, con malvada intención, hacia el primer plano. Beba va hacia el fondo.)

CUCA—(Como la madre.) Revistas. Revistas. Eso es mentira. Inventá otra. Di la verdad. (Beba, como el padre, se acerca de una manera agresiva a Lalo.) No, Alberto, no le pegues. (A Lalo, en otro tono.) Me alegro que esto te haya pasado. Me alegro, me alegro. (En otro tono.) ¿Dónde está el dinero que tenía escondido en el aparador? (Escena muda de Lalo.) ¿Lo cogiste? ¿Lo gastaste? ¿Lo perdiste? (Con odio.) Ladrón. Eres un canalla. Eres un sinvergüenza. (Con lágrimas en los ojos.) Se lo diré a tu padre. No, no me digas nada. (Escena muda de Lalo.) Es una desgracia. (En otro tono.) Te matará, si lo sabe. (En otro tono.) Ay, Virgen Santísima, ¿qué habré hecho yo para que me castigues así? (Furiosa, a Lalo.) A ver, dame el dinero. (Escena muda de Lalo.) Suéltalo o llamo a la policía... (Registra los bolsillos de Lalo, que está completamente anonadado. Gritando.) Ladrón. Mil veces ladrón. Se lo diré a tu padre. Debía golpearte. Arrastrarte. Meterte en un reformatorio. (Lalo está de espaldas al público.)

BEBA—(Desde el fondo, como una niña.) Mamá, mamá, ¿esto es un elefante?

LALO—(Como el padre.) Beba, ven acá, enséñame las manos. (Beba avanza hacia el primer plano. Le enseña las manos.) Esas uñas hay que cortarlas... ¿Cuándo dejarás de ser tan...? (A Cuca.) Dame acá unas tijeras, mujer. (Cuca se acerca a Lalo y le secretea al oído.) ¿Cómo? ¿Qué me dices?... ¿Es cierto eso? ¿Y Lalo...? ¿Dónde se ha metido?... (Cuca y Lalo miran a Beba con malvada intención.) ¿Es cierto lo que dice tu madre? Confiesa, anda. Confiesa o... ¿Así que te has levantado el vestido y te has enseñado los pantalones a un montón de mataperros? ¿Será posible? (Escena muda de Beba.) Eres sucia. (Cuca, como la madre se sonríe.) Te voy a... (Entre Lalo y Cuca acorralan a Beba.) Serás una cualquiera, pero no mientras yo viva. ¿Me oyes? (Sacudiéndola por los hombros.) Oyelo bien. Te voy a matar, por puerca. (Pausa.) ¿Dónde está tu hermano? (Llamándolo.) Lalo, Lalo... (A Cuca.) ¿Dices que te ha robado?

BEBA—(Saltando de situación.) No puedo. La cabeza me va a estallar.

LALO—(Imperativo.) Sigue, no te detengas.

- CUCA—(Sarcástica.) Hazle caso al mandamás.  
 BEBA—(Angustiada.) Aire, un poco de aire.  
 LOLA—(A Beba.) Ahora sonaba el timbre de la Puerta.  
 (Beba cae derrumbada en una silla.)
- CUCA—(Como la madre.) ¿Has oído, Alberto?  
 BEBA—(Desesperada.) Por favor, creo que voy a arrojarte.  
 LALO—(Molesto.) Ésta lo echa todo a perder.  
 CUCA—(Como la madre.) Chist. Un momento, muchachos. El timbre de la puerta ha vuelto a sonar.  
 LALO—(Como el padre. Saludando a un personaje imaginario que entra por la puerta.) Entre usted, Angelita. Dichosos los ojos...  
 CUCA—(Como la madre. A Beba.) Dime, cariño. Anda, dime, cielito, ¿qué te pasa? (Mímica de abnegación y cuidado.)  
 LALO—(Como el padre. Al personaje imaginario.) Déjese de cumplidos, Angelita. (En su tono de voz hay un acento de cordialidad y espontaneidad convincentes.) Ésta es su casa. Siéntese.  
 CUCA—(Como la madre. A Beba.) Ponte cómoda, nenita. ¿Quieres una almohadita? (Sus palabras denotan gran sinceridad.) ¿No te molesta esa posición? ¿Por qué no te echas para atrás?  
 LALO—(Como el padre.) ¿Y Lalo? ¿Dónde se habrá escondido? Ay, Angelita, no sabe usted lo que son estos chiquillos. Son tres, pero dan guerra por un batallón.  
 CUCA—(Como la madre. A Lalo.) Alberto, yo creo que... (Al personaje imaginario.) Perdona usted, Angelita, que no la haya atendido, pero la niña me luce que está mala del estómago.  
 LALO—(Como el padre.) ¿Le pusiste el termómetro? (Cuca afirma con la cabeza.)  
 CUCA—(Como la madre.) Esto es terrible.  
 LALO—(Al personaje imaginario.) ¿No se lo decía yo a usted hace un segundo? Son peores que el diablo; pero conmigo no pueden. Tengo mano de hierro y un látigo. Bueno, es un decir.  
 CUCA—(Como la madre. Angustiada. A Lalo.) ¿Qué podemos hacer?  
 LALO—(Como el padre.) ¿Tiene fiebre? (Cuca niega con la cabeza.)  
 ¿Le has dado un cocimiento de manzanilla?  
 CUCA—(Como la madre.) No quiere probar nada.  
 LALO—(Como el padre.) Oblígala.

- CUCA—(Como la madre.) Todo lo vomita.  
 LALO—(Como el padre.) Hazle un té negro.  
 CUCA—(Como la madre.) Ay, Angelita, usted no se puede imaginar los sufrimientos, las angustias... ¿Para qué tendrá uno hijos?  
 LALO—(Como el padre. Empuñando una taza. Obligándola.) Tómatalo. (Beba rechaza la taza.) Quieras o no, te lo tomarás.  
 BEBA—(En un grito. Fuera de situación.) Déjame ya. (Se levanta como una furia. A un primer plano.) Ustedes son unos monstruos. Los dos son iguales. (Gritando hacia el fondo del escenario.) Yo quiero irme. Déjenme salir. (Cuca y Lalo intentan detenerla, pero ella llega hasta la puerta. Gritando.) Mamá, papá, sáquenme de aquí. (Cae llorando junto a la puerta.) Sáquenme de aquí.  
 LALO—(Como el padre.) Pero, ¿esto qué cosa es?  
 CUCA—Bonito espectáculo. (Acercándose a Beba.) Tú, precisamente te tú... que siempre me has estado empujando: «Hazlo, no seas boba. Nos divertiremos». Es increíble. Lo estoy viendo y me parece mentira. Vamos, levántate. (La ayuda a levantarse. Como la madre.) Recuerda que estás delante de una visita. (Al visitante imaginario.) Son tan maliciados, tan insoportables... (A Beba. Llevándola hasta la silla donde estaba sentada.) Muñeca mía, tienes que ser una niña buena, una niña educada...  
 BEBA—(Como una niña.) Me quiero ir.  
 CUCA—(Como la madre.) ¿A dónde quieres ir, nenita?  
 LALO—(Fuera de situación. Violento.) Esto no es así. Esto no sirve.  
 CUCA—(Como la madre.) No te sulfures, Alberto.  
 LALO—(Fuera de situación.) Me dan deseos de estrangularla.  
 CUCA—(Como la madre.) Hay que tener paciencia.  
 BEBA—(Llorando.) Tengo miedo.  
 LALO—(Fuera de situación.) ¿Miedo a qué? ¿Por qué llora?  
 CUCA—(Como la madre.) No le haga caso. Es lo mejor, Alberto.  
 LALO—(Como el padre. Con gestos torpes.) Es que algunas veces. (Se golpea la rodilla derecha.) Compréndeme, mujer.  
 CUCA—(Como la madre.) ¿Cómo no voy a comprenderte? (Suspira.) Ay, Alberto, tú también eres un niño. ¿No es verdad, Angelita?  
 BEBA—(Como una furia. Se levanta.) Quiero hacer algo. Quiero explotar. Quiero irme. Pero no soporto este encierro. Me ahogo. Voy a morir y no quiero sentirme aplastada, hundida en este cuarto.

Prefiero cualquier cosa, ay, pero no puedo más... No me interesa esto. Por favor, yo les suplico, déjenme, déjenme.

(*Cuca se acerca a Beba y le echa el brazo por los hombros. Su rostro y sus gestos muestran una gran ternura disimulada.*)

CUCA—(Como la madre.) Vete, amor mío. Estás un poquito nerviosa. (*Beba se queda en el fondo oscuro. Cuca regresa con una sonrisa que se convierte en una carcajada.*) ¿Ha visto usted cosa igual? Tal parecía que la estábamos torturando. ¡Qué cabeza tienen estos muchachos...! (*Se sienta. Se arregla el pelo.*) Mire cómo estoy. Debo lucir una mona salida del circo. ¡No he tenido tiempo hoy ni de respirar! ¡Qué lucha, Angelita, qué lucha! Perdóname que no la haya atendido antes... (*Oye lo que dice el personaje imaginario.*) Aunque usted es como de la familia. (*Sonríe hipócritamente.*) Pero así y todo, a mí me gustan los detalles... ¿Verdad, Alberto? No te agites por gusto, viejo, que hay que tener calma. (*Lalo se levanta.*) ¿A dónde vas? Mira a ver lo que haces. (*Lalo la mira con intención.*) Ah, sí, comprendo. (*Lalo va hacia lo oscuro.*) Fue a darles una vueltecita a esos vejigos que me traen al trote. Hay que andar con cuatro ojos, que digo cuatro, cinco, ocho, diez... Hay que espiarlos, vigilarlos, estar siempre en acecho, porque son capaces de las mayores porquerías.

(*En ese momento entra Lalo con un velo de novia, un tanto raído y sucio. Lalo imita a la madre en su juventud, el día de la boda de la iglesia. Al fondo, Beba tararea la marcha nupcial. Los movimientos de Lalo no pueden ser exagerados. Se refiere, en este caso, un acento de ambigüedad general.*)

LALO—(Como la madre.) Ay, Alberto, tengo miedo. El olor de las flores, la música... Ha venido mucha gente, ¿verdad? No vino tu hermana Rosa, ni tampoco tu prima Lola... ¡Ellas no me quieren! ¡Lo sé, Alberto, lo sé...! Han estado hablando horrores: que si yo, que si mamá es esto y lo otro... ¡Qué sé yo! ¡Tú me quieres, verdad, Alberto? ¡Te luzco bonita? Ay, me duele el vientre. Sonríete. Ahí están el canchanchán del doctor Núñez, y su mujer... ¡Tú crees que la gente lleve la cuenta de los meses que tengo? Si se enteran, me moriría de vergüenza. Mira, te están sonriendo las hijas de Espinosa... esas pu... Ay, Alberto, tengo un mareo y me duele el vientre, sujétame, no me pises la cola que me voy a caer... Ay, pipo, yo quiero sacarme este muchacho... Es verdad que tú te decidiste por él; pero yo no lo quiero. Ay, que me caigo... Alberto, Alberto, estoy haciendo el ridículo... No

debimos habernos casado hoy, otro día mejor... Ay, esa música y el olor de esas flores, qué asco. Y ahí viene tu madre, la muy hipó... Ay, no sé... Alberto; me falta la respiración... ¡Esta maldita barriga! Qui-siera arrancarme este...

CUCA—(Como la madre. Con odio, casi masticando las palabras.) Me das asco. (*Le arranca el velo violentamente.*) No sé cómo puede parir semejante engendro. Me avergüenzo de ti, de tu vida. ¿Así que quieres salvarte? No, chico; deja eso de la salvación... Ahógate. Muérete. ¿Crees que voy a soportar que tú, que tú, te permitas el lujo de criticarme, de juzgarme delante de las visitas? ¡No te das cuenta de lo que eres! ¡Si apenas sabes dónde tienes las narices! (*Al personaje imaginario. En otro tono.*) Perdóname usted, Angelita. No se vaya, por favor. (*Con el tono anterior: duro, firme.*) Durante mucho tiempo te he rogado que me ayudaras. Hay muchas cosas que limpiar en esta casa: los platos, la fiambra, el polvo y las manchas de agua de los espejos. Y mucho que hacer: zurcir, bordar, coser... (*Lalo se acerca a Cuca.*) Apártate. Quieres virarme la casa patas arriba y eso no te lo permitiré, ni aun después de muerta. El cenicero a la mesa. (*Pone el cenicero en la mesa.*) El florero a la mesa. (*Pone el florero en la mesa.*) ¿Qué te has creído? Ahora mismo se lo diré a tu padre... (*Con asco y rencor.*) Miserable, ¿qué será de ti sin nosotros? ¿De qué te quejas? ¿Crees que somos estúpidos? Si piensas eso, yo te digo que no somos mejores, ni peores, que los demás. Pero si lo que te propones es que nos dejemos mangonear por ti, te advierto que cogiste el camino equivocado. ¿Sabes cuántas cosas he sacrificado, cuántas concesiones he hecho por mantener esta casa? ¿Crees que renunciaremos tan fácilmente a nuestros derechos...? Si quieres, vete. Yo misma te prepararé las maletas. Ahí tienes la puerta.

(*Cuca permanece de espaldas al público. Lalo se acerca a la mesa y contempla el cuchillo con cierta indiferencia. Lo coge. Lo acaricia. Lo clava en el centro de la mesa.*)

LALO—¿Hasta cuándo, hasta cuándo?

BEBA—No te impacientes.

LALO—Si fuera posible hoy.

BEBA—Qué bobo eres.

LALO—Ahora mismo.

(*Lalo se levanta rápidamente. De un golpe arranca el cuchillo del centro de la mesa. Mira a sus dos hermanas y se precipita hacia el fondo.*)

BEBA—No lo hagas.

CUCA—Eso te va a pesar.

BEBA—Ten cuidado.

CUCA—(Canta muy débilmente.) La sala no es la sala. La sala es la cocina.

(Las dos hermanas están situadas: Beba, en el lateral derecho; Cuca, en el lateral izquierdo. Ambas a la vez, de espaldas al público, emiten un grito espantoso, desgarrador. Entra Lalo. Las hermanas caen de rodillas.)

LALO—(Con el cuchillo entre las manos.) Silencio. (Las dos hermanas comienzan a cantar en un murmullo apagado: «La sala no es la sala. La sala es la cocina. El cuarto no es el cuarto. El cuarto es el inodoro».) Ahora me siento tranquilo. Me gustaría dormir, dormir, siempre dormir... Sin embargo, eso lo dejaré para mañana. Hoy tengo mucho que hacer. (El cuchillo se le escapa de las manos y cae al suelo.) ¡Qué sencillito es, después de todo...! Uno entra en el cuarto. Despacio, en puntillas. El menor ruido puede ser una catástrofe. Y uno avanza, suspendido en el aire. El cuchillo no tiembla, ni la mano tampoco. Y uno tiene confianza. Los armarios, la cama, las cortinas, los floreros, las alfombras, los ceniceros, las sillas lo empujan hacia los cuerpos desnudos, resoplando quién sabe qué porquería. (Pausa. Decidido.) Ahora hay que limpiar la sangre. Bañarlos. Vestirlos. Y llenar la casa de flores. Después, abrir un hueco muy hondo y esperar que mañana... (Pensativo.) ¡Qué sencillito y terrible!

(Las hermanas han terminado de cantar. Cuca recoge el cuchillo y comienza a limpiarlo con el delantal. Pausa larga.)

CUCA—(A Beba.) ¡Cómo te sientes?

BEBA—(A Cuca.) Regular.

CUCA—(A Beba.) Cuesta un poco de trabajo.

BEBA—(A Cuca.) Lo malo es que uno se acostumbra.

CUCA—(A Beba.) Pero, algún día...

BEBA—(A Cuca.) Es como todo.

LALO—Abre esa puerta. (Se golpea el pecho. Exaltado. Con los ojos muy abiertos.) Un asesino. Un asesino. (Cae de rodillas.)

CUCA—(A Beba.) ¿Y eso?

BEBA—La primera parte ha terminado.

(APAGÓN.)

## ACTO SEGUNDO

(Al abrirse el telón, Lalo, de rodillas, de espaldas al público, con la cabeza inclinada hacia el vientre. Cuca, de pie, mirándolo y riéndose. Beba, impasible, coge el cuchillo que está en la mesa.)

CUCA—(A Beba.) Miralo. (A Lalo.) Así quería verte. (Riéndose.) Ahora me toca a mí. (Largas carcajadas.)

LALO—(Imperioso.) Cierra esa puerta.

CUCA—(A Lalo. Cerrando la Puerta.) ¡Qué insoportable eres! ¡No te resisto, viejo!

BEBA—(A Cuca. Mirando a Lalo con desdén.) Me parece ridículo.

CUCA—(A Lalo.) ¡Qué te pasa? Oiga, jovencito, lo que voy a decir: tenemos que seguir. No te pienses que esto se va a quedar a medias como otras veces. Estoy cansada de que siempre quede pendiente.

LALO—(Cabizbajo.) Siempre hay que empezar.

CUCA—Está bien, lo acepto; pero, al mismo tiempo, te repito que hoy...

LALO—(Molesto.) Sí, sí... Lo que tú dispongas.

CUCA—Lo que yo disponga, no; lo que tiene que ser. ¿O es que ahora soy yo la inventora de todo esto? ¡Qué gracioso!

BEBA—(Molesta. A Cuca.) Pero a ti te encanta.

CUCA—(Ofendida.) ¡Qué quiere la niña que haga?

BEBA—Cualquier cosa menos eso.

CUCA—No, muñeca mía, ha llegado mi hora y tengo que llegar hasta el final.

BEBA—Entonces, ¿tengo o no tengo razón?

CUCA—A mí qué me importa.

BEBA—Entonces, me voy.

CUCA—Tú te quedas.

BEBA—No me hagas perder la paciencia.

CUCA—No me amenaces.

BEBA—Puedo arañar y patear.

LALO—Está bueno ya de discusión.

CUCA—(A Beba.) Tú te vas a quedar quietecita.

BEBA—Ay, ¿sí?, no me digas. Pues ¿puedes creer que no? ¿Qué te parece? Yo no voy a podrirme entre estas paredes que odio. Allá ustedes, que les gusta revolver la porquería. Tengo veinte años y



cualquier día me largo para no volver y entonces haré lo que me dé la gana. ¿Cómo te suena eso...? (Pausa.) Al principio no querías, ahora eres capaz de matar por lograr tus propósitos. Es como si estuviera en juego la salvación de tu alma. Sí, salvarte... No me mires así. ¿Salvarte, de qué? ¿Acaso tu pellejo? (Con intención.) Por eso llamaste a la policía. Por eso también dentro de unos momentos empezarán las investigaciones y los interrogatorios. ¿Hizo usted eso? No, no. ¿No lo hizo? Eh, sargento... ¿Cómo es posible? Sin embargo, encontramos una señal. Ahí están las huellas. El delito ha sido cometido entre ustedes. ¿Green que somos unos comemierdas? ¿Piensan tomarnos el pelo? (En otro tono.) No quiero mezclarme en esto.

CUCA—Tienes que llegar hasta el final.

BEBA—Esto nunca termina.

CUCA—No te desesperes.

BEBA—Estoy cansada. Siempre es lo mismo. Dale para aquí. Dale para allá. ¿Por qué continuamos en este círculo...? (En otro tono. Más íntimo.) Además, no quiero que me inmiscuyan... (Cambia el tono.) No le veo la gracia.

CUCA—Todo lo que dices es pura bazofia. Si no te conociera creería de pe a pa ese miserable discursito. (Como la madre.) ¡Buena perla me has salido tú! (En otro tono.) ¿Te imaginas que me voy a quedar con los brazos cruzados viendo lo que éste ha hecho? Yo defendiendo la memoria de mamá y papá. Las defendiendo, cueste lo que cueste.

BEBA—No me toques.

CUCA—(Autoritaria como la madre.) Pon el cuchillo en su sitio. (Beba obedece, deja caer el cuchillo en un extremo del escenario.) Así no.

BEBA—(Furiosa.) Hazlo tú.

CUCA—(Con sorna y una sonrisa maligna.) Contrólate. (En otro tono.) Anda, cada cosa en su sitio. (Cambia el tono.) Todavía falta lo mejor. (Beba coloca el cuchillo de una manera satisfactoria.) Hay que tener mucha precaución.

BEBA—(Furiosa.) Conmigo no cuentas.

CUCA—(Ordenando mentalmente la habitación.) Las lámparas, las cortinas... Es cuestión matemática.

BEBA—(Furiosa.) Vete a buscar a otro. O hazlo tú misma todo.

CUCA—Tú has participado desde el principio. No puedes negarte.

BEBA—Eso lo veremos.

CUCA—(Autoritaria, como la madre.) Nada puede fallar.

BEBA—Ojalá ocurra lo imprevisto.

CUCA—También cuento con eso. (A Lalo.) Levántate. (Lalo no responde.)

BEBA—(Furiosa.) Déjalo. ¿No ves que sufre? (Lalo emite un leve quejido o ronquido.)

CUCA—No te metas en esto.

BEBA—Debías esperar. Quizás... Sólo un momento.

CUCA—Yo sé lo que hago.

BEBA—(En tono sutil de sarcasmo.) Me parece muy bien; pero recuerda que yo estoy en guardia, dispuesta, en cualquier momento...

CUCA—(Rápida, furiosa.) ¿A qué?

BEBA—A saltar.

CUCA—¿No me digas? ¿Así que tú te opones...? Pues, oye bien claro lo que te voy a decir: No pienses que voy a dejarte intervenir en algo que no sea tu parte. Tú eres sólo un instrumento, un resorte, una tuerca. (En otro tono.) Debía alegrarte de que así sea. (Pausa. Otro tono.) No me pongas esa cara. (Con cierto tono amenazador.) Bueno, pues atente a las consecuencias. En esta casa todo está en juego. Ayúdame a dar los últimos toques. (Moviéndose, intentando arreglar, disponer. Enumerando.) El florero, el cuchillo, las cortinas, los vasos... el agua, las pastillas. Dentro de un momento, entrará la policía... La jeringuilla y las ampulas... Nosotras nada tenemos que hacer; entonces, a desaparecer... a volatilizarse, si es necesario. (Beba da unos pasos con intención de salir. Cuca la detiene.) No, muñeca linda. No te hagas la boba. Tú me entiendes. (Frente al tono de sarcasmo de Cuca, Beba se contrae.) ¿Qué? ¿No estás conforme? ¿Quieres meter la cuchareta...? Nosotras seremos invisibles. ¿Tienes algo que añadir? Nosotras somos inocentes. ¿Pretendes tomar partido? (A Lalo.) Levántate. Se hace tarde. (A Beba.) ¿Vas a defender lo indefendible? ¿Acaso éste no es un asesino? (A Lalo.) Arréglate un poco. Pareces un cadáver. (Lalo se levanta torpemente. Beba pone un paquete de barajas sobre la mesa y luego las esparce. A Beba.) Jamás se me hubiera ocurrido semejante cosa.

LALO—(Todavía de espaldas al público. A Beba.) Tráeme un poco de agua.

CUCA—(Imperiosa.) No, no puede ser. (Acercándose a Lalo, arreglándole las ropas. Con cierta ternura.) Tienes que esperar. (Como la madre.) Ese cuello, qué barbaridad... Pareces un pordiosero.

LALO—Tengo la boca reseca.

BEBA—(Como la madre, con cierta ternura.) Has dormido muy mal.

LALO—Necesito salir un momento.

CUCA—(Violenta.) De aquí tú no sales.

LALO—Necesito un momento.

CUCA—No necesitas nada. Todo está dispuesto. ¿Qué piensas...? ¿Quieres hacerme una mala jugada? Pues no te dejaré.

(Cuca intenta detener a Lalo, que quiere escapar. Lo agarra por el cuello de la camisa. Ambos empiezan a forcejar violentamente. Beba, por un momento, queda perpleja; luego, la lucha entablada va adquiriendo para ella un diabólico interés y comienza a dar vueltas alrededor de Cuca y Lalo.)

LALO—Suéltame.

CUCA—Antes muerta.

LALO—Te engallas.

CUCA—Arriésga el pellejo.

LALO—Me arañas.

CUCA—Este es el juego. Vida o muerte. Y no puedes escapar. Soy capaz de todo con tal de que te juzguen.

(Beba corre hacia el fondo oscuro donde está situada la puerta.)

BEBA—(Gritando.) La policía, la policía.

(Los dos hermanos dejan de forcejar. Lalo cae, derrotado, en una silla. Beba está junto a la puerta, cerrada. En el otro extremo de la puerta, también al fondo, está Cuca.)

CUCA—(En el tono anterior, con furia.) Jamás te perdonaré. Eres culpable. Culpable. Si tienes que morir, que así sea.

BEBA—Chist. Silencio. (Pausa larga.)

(Beba y Cuca comienzan a moverse con gestos lentos, casi de cámara lenta. Son ahora los dos policías que descubrieron el crimen.)

CUCA—(Como un policía.) Esto está muy oscuro.

BEBA—(Como otro policía.) Esto huele mal.

CUCA—(Como un policía.) Hay manchas de sangre por todas partes.

BEBA—(Como otro policía.) Me luce que han matado a dos puercos, en lugar de cristianos.

CUCA—(Como un policía.) Gente puerca, ¿verdad?

BEBA—(Como otro policía.) Gente sin corazón.

(Las dos hermanas avanzan como si estuvieran caminando por una oscura galería. Lalo permanece en la silla. Las hermanas se detienen ante él y hacen como si enfocaran el rostro con la luz de una linterna de mano.)

BEBA—(Como otro policía, en señal de triunfo.) Agarramos al pez.

BEBA—(Como un policía, en señal de triunfo.) Trabajo nos ha costado. (A Lalo, con violencia.) De pie, vamos, rápido. (Lalo, molesto por la luz, trata de ponerse las manos en el rostro.)

BEBA—(Como otro policía. Con vulgaridad.) Eh, chiquito... Si no quieres quedar acibillado, no te muevas.

CUCA—(Como un policía. Con insolencia.) Vamos, levántese.

BEBA—(Como otro policía. Con insolencia.) Has caído, mi socio. (Lalo se pone de pie y levanta las manos.) Hay que actuar rápido.

CUCA—(Como un policía.) Regístralo.

BEBA—(Como otro policía.) El tipo es peligroso. (Tantea sobre la ropa, el cuerpo, de Lalo.) Los documentos... El carnet de identidad, ¿dónde está? (Saca un documento imaginario.) ¿Cómo te llamas? (Lalo no contesta.) ¿No sabes que estás detenido? Responde a la justicia. ¿De quién eran esos gritos?

CUCA—(Como un policía.) ¿Mataste a alguien?

BEBA—(Como otro policía.) Entonces, ¿por qué hay tanta sangre?

CUCA—(Como un policía.) ¿Vives con tus padres?

BEBA—(Como otro policía.) ¿Tienes algún hermano o hermana? Contesta.

CUCA—(Como un policía.) Te los llevaste en la golilla, ¿verdad? Responde, que te conviene.

LALO—(Muy vagamente.) No sé.

BEBA—(Como otro policía.) ¿Cómo que no sabes? ¿Vives solo?

CUCA—(Como un policía.) ¿Y toda esa ropa...? (En otro tono.) Déjalo, Cuco. (Se sonríe.) Ya tendrá tiempo de hablar.

BEBA—(Como otro policía.) A éste no hay quien lo salve, mi hermano. (Se ríe. Grosero.) Éste es un delincuente de marca mayor. Seguramente robó primero; y luego, no satisfecho, decidió matarlos. (A Lalo.) ¿A tus padres, no?... Casi me lo imagino. ¿Los envenenaste? (Coge en sus manos el tubo de pastillas y vuelve a colocarlo en la mesa.) ¿Cuántas pastillas...? (Lalo no responde. Sonríe de vez en cuando.)

Vamos, escupe... Si hablas, puede que el castigo sea menor. (A *Cuca*, enseñándole la jeringuilla.) ¿Has visto? Es probable que...

CUCA—(Como un policía.) A todas luces éste es un crimen de los gordos. (A *Lalo*.) ¿Dónde están los cadáveres? (A *Beba*.) No hay rastro alguno.

BEBA—(Como otro policía.) ¿Dónde los escondiste? ¿Los enterraste?

CUCA—(Como un policía.) Hay que registrar la casa de arriba a abajo. En cualquier rincón...

BEBA—(Como otro Policía.) ¿Por qué los mataste? Responde. ¿Te maltrataban?

LALO—(Secamente.) No.

CUCA—(Como un policía.) Ya era hora, muchacho. ¿Por qué los mataste?

LALO—(Muy Seguro.) Yo no hice eso.

CUCA—(Como un policía.) Qué descaro.

BEBA—(Como otro policía.) ¿Estaban durmiendo?

CUCA—(Como un policía.) No me irás a decir mayor cinismo. ¿Así que tú no asesinaste a nadie? ¿A tus padres? ¿A tus hermanos? ¿Algún pariente? (Lalo se encoge de hombros.) Entonces, dime, ¿qué has hecho?

BEBA—(Como otro policía.) ¿Los ahogaste con las almohadas?

CUCA—(Como un policía.) ¿Cuántas puñaladas les diste?

BEBA—(Como otro policía.) ¿Cinco, diez, quince?

CUCA—(Como un policía.) No me irás a decir que todo ha sido un juego. Aquí están las manchas de sangre. Tú mismo estás embarrado de pies a cabeza. ¿Serás capaz de negarlo? ¿Te niegas al interrogatorio? (En otro tono.) Yo casi he visto el crimen... (Rápido, casi insólito.) ¿Dónde están tus padres? ¿Encerrados en un baúl? (Pausa. Reconstruyendo la escena.) Tú ibas despacio, en puntillas, para no hacer ruido, en la oscuridad... Tus padres roncando a pierna suelta y tú aguantando la respiración y en la mano el cuchillo que no tiembla...

LALO—(Con orgullo.) Eso no es así. Usted miente.

CUCA—(Como un policía.) Entonces... ¿qué? (Agotada.) Ah, esta casa es un laberinto.

BEBA—(Como otro policía, que ha estado escudriñando aquí y allá en la habitación.) Aquí está la prueba. (Señala hacia el cuchillo.) Estamos en la pista. (Se agacha para cogerlo.)

CUCA—(Como un policía, gritando.) No lo toques.

BEBA—(Como otro policía.) Hay que tomarle las huellas digitales. (Coge el cuchillo con un pañuelo y lo pone encima de a mesa.)

CUCA—(Como un policía.) Si éste sigue negando...

BEBA—(Como otro policía. Furioso.) Esto lo arreglo yo de un plumazo. (A *Lalo*.) Ven, acá, ¿te decides a hablar... o...? Mira que no quiero emplear la violencia. ¿Quiénes tú crees que somos nosotros? ¿Pienzas que estamos pintados en la pared? (En tono amenazador y persuasivo a la vez.) Habla, que te conviene. Yo creo que ya va terminando la hora de las contemplaciones. (En tono más amistoso.) Habla, total, que es por tu bien. (Mirando a *Cuca*.) Nosotros eso lo tomamos en consideración. No te preocupes. (Cuca entra a un lateral del escenario, en actitud investigadora.) Ya verás lo tranquilo que te vas a sentir cuando nos lo cuentes todo con pelos y señales. Es muy sencillo, sencillísimo. (En tono casi familiar.) ¿Cómo lo hiciste? ¿Por qué lo hiciste? ¿Te maltrataban de palabras o...? ¿No hubo, acaso, un robo o alguna trastada por el estilo? ¿Qué fue lo que pasó en realidad? ¿Lo has olvidado acaso? Trata de recordar... A ver, tómate el tiempo que quieras.

LALO—(Con gran soberbia.) Ninguno de ustedes puede comprender...

BEBA—(Como otro policía. Persuasivo, con una sonrisa.) ¿Por qué dices eso?... (Más íntimo.) Vamos, chico, confiesa.

CUCA—(Como un policía. Fuera del escenario. Gritando.) No te calientes la sangre, *Cuco*. Aquí está el paquete. (Entra a escena. Limpiándose las manos, una con la otra.) ¡Si vieras!; es un espectáculo bochornoso, qué digo, horrible. Se le paran los pelos al gallo más pintado. (Reconstruyendo la escena.) Ahí están la pala y el azadón... Abrió un hueco enorme. No sé cómo pudo hacerlo solo... Y allí, al fondo, los dos cuerpos y un poco de tierra encima. (Acercándose a *Lalo*. Dándole una palmada en el hombro.) Conque el caballerito no hizo nada. (Beba se dirige al mismo lugar por donde salió *Cuca*.) Sí, sí, comprendo. (Con una sonrisa de satisfacción.) El caballerito es inocente. (En otro tono.) Pues bien... (Lo mira fijamente, con desprecio.) El caballerito tiene sus horas contadas. (Tono vulgar.) Has firmado tu sentencia, mi hermano.

BEBA—(Entrando a escena. Dejando de actuar como el otro policía.) Es espantoso.

CUCA—(Como un policía, tono vulgar.) No te pongas dramático.

BEBA—Me quedé fría.

CUCA—(Como un policía.) El chiquito se las trae.

BEBA—Sentí un escalofrío.

CUCA—(Como un policía. A Beba.) Vamos, arriba. No te dejes caer. (A Lalo, con desprecio.) Eres un... Me dan deseos de... (A Beba.) A levantar el acta.

BEBA—¿Cómo...? Pero si no ha confesado.

CUCA—(Como un policía.) No es necesario.

BEBA—Yo creo que sí.

CUCA—(Como un policía.) Hay pruebas suficientes.

BEBA—Debemos intentarlo... (Acercándose a Lalo.) Lalo, es necesario que digas, que hables. ¿Por qué? ¿Por qué, Lalo?

CUCA—(Como un policía.) No te ablandes.

BEBA—(A Lalo, casi suplicante.) ¿No comprendes que es un requisito, que es importante la confesión? Di lo que quieras, lo que se te ocurra, aunque no sea lógico, aunque sea un disparate; di algo, por favor. (Lalo permanece impenetrable.)

CUCA—(Como un policía.) A la Estación. El acta. El informe... (Con pasos graves, Beba se dirige a la mesa y se sienta.)

(La escena, a partir de este momento, debe adquirir una dimensión extraña. Los elementos que se emplean en ella son: los sonidos vocales, los golpes sobre la mesa y el taconeo acompasado, primero de Beba, y luego de los dos personajes [Beba y Cuca], en el escenario. Debe aprovecharse hasta el máximo.)

CUCA—(Dictando, automáticamente.) En el local de esta Estación de Policía, y siendo...

BEBA—(Moviendo las manos sobre la mesa, repite automáticamente.) Tac-tac-tac-tac. Tac-tac-tac-tac. Tac-tac-tac-tac.

CUCA—(En el tono anterior.) ...ante el Sargento de Carpeta que suscribe, se presentan el Vigilante número 421 Cuco de Tal y el Vigilante número 842 Bebo Mascual conduciendo al ciudadano que dice nombrarse...

BEBA—(En la forma anterior.) Tac-tac-tac-tac. Tac-tac-tac-tac. Tac-tac-tac-tac. (Cuca mueve los labios como si continuara dictando.) Tac-tac-tac-tac.

CUCA—(En el tono anterior.) Manifiestan los dos vigilantes a un mismo tenor que: «Encontrándose de recorrido por la zona correspondiente a su posta...

BEBA—(Golpeando con las manos la mesa, repitiendo automáticamente, con gran sentido rítmico.) Tac-tac-tac-tac. Tac-tac-tac-tac. Tac-

tac-tac-tac. Tac-tac-tac-tac. (Cuca mueve los labios como si continuara dictando.)

CUCA—(En el tono anterior.) ...escucharon voces y un gran escándalo...

BEBA—(En la forma anterior.) Tac-tac-tac-tac. Tac-tac-tac-tac.

CUCA—(En el tono anterior.) ...que reñían, que discutían, que se lamentaban...

BEBA—(En la forma anterior.) Tac-tac-tac-tac. Tac-tac-tac-tac.

CUCA—(En el tono anterior.) ...y habiendo escuchado un grito de socorro...

BEBA—(Golpeando con las manos sobre la mesa, taconeando y repitiendo con gran sentido rítmico, automáticamente.) Tac-tac-tac-tac. Tac-tac-tac-tac. (Cuca mueve los labios como si continuara dictando.) Tac-tac-tac-tac.

CUCA—(En el tono anterior.) ...que al entrar en la susodicha habitación...

BEBA—(En la forma anterior.) Tac-tac-tac-tac. Tac-tac-tac-tac.

CUCA—(En el tono anterior.) ...dos cuerpos que presentaban...

BEBA—(En la forma anterior.) Tac-tac-tac-tac.

CUCA—(En el tono anterior.) ...contusiones y profundas heridas de primer grado...

BEBA—(En la forma anterior.) Tac-tac-tac-tac. Tac-tac-tac-tac. (Cuca empieza a golpear sobre la mesa, a repetir, como Beba, el taconeo y el tecleo oral, hasta que la escena alcanza un breve instante de delirio. Pausa. Beba y Cuca vuelven a una actitud aparentemente normal. Cuca le muestra un papel a Lalo.)

CUCA—(Autoritaria.) Firme aquí.

(Pausa. Lalo mira el papel. Mira a Cuca. Coge el papel, con cierto desprecio. Lo observa detenidamente.)

LALO—(Furioso, firme, desafiante.) No acepto. ¿Me entienden? Todo esto es una porquería. Todo esto es una infamia. (Pausa. En otro tono, casi burlón.) Me parece magnífico, admirable, que así, de buenas a primeras, ustedes traten, empleando los medios más asquerosos, de hacerme un interrogatorio. Es lo más lógico. Es casi... diría, lo más natural. Pero ¿qué quieren? ¿Pensan acaso que voy a firmar ese mamotreto de mierda? ¿Eso es la ley? ¿Eso es la justicia? ¿Qué saben ustedes de todo eso? (Gritando. Rompe el acta.) Basura, basura. Eso es lo digno. Eso es lo ejemplar. Eso es lo respetable. (Patea y pisotea

con rabia los papeles rotos. Pausa. En otro tono. Con una sonrisa amarga y casi con lágrimas en los ojos.) Es muy simpático, muy digno, muy ejemplar que ustedes ahora digan: culpable. Y ya. Basta, a otra cosa. Pero que hagan lo que hacen... (A Cuca.) ¿Es que acaso no le satisface lo que ha pasado? ¿Por qué pretende endilgarme una serie de invenciones, sin ton ni son? ¿O es que cree o se imagina que soy bobo de remate? ¿Qué partido quiere sacar...? (En una burla simiésca.) ¿Piensa que estoy muerto de miedo? Pues oígallo bien claro: no. No tengo miedo. (Beba agita la campanilla.) Soy culpable. Sí, culpable. Júzgume. Haga lo que quiera. Estoy en sus manos. (Beba vuelve a mover la campanilla como un juez. Lalo, en otro tono, menos violento, pero siempre en una actitud arrogante.) Si el señor juez me permite...

BEBA—(Como un juez.) Ruego al público que mantenga la debida compostura y silencio, o de lo contrario, tendré que desalojar la sala y continuar las sesiones a puertas cerradas. (A Cuca.) Tiene la palabra el señor fiscal.

CUCA—(A Beba.) Muchas gracias, señor juez. (A Lalo.) El señor procesado conoce las dificultades que hemos tropezado desde el inicio para el esclarecimiento de los sucesos acaecidos en la nefasta madrugada... del... (Beba agita la campanilla.)

BEBA—(Como un juez.) Ruego, al señor fiscal, sea más explícito, y concrete más al formular su exposición.

CUCA—(Como un fiscal.) Perdone, señor juez, pero...

BEBA—(Moviendo la campanilla.) Le ruego al señor fiscal que se atenga exclusivamente al interrogatorio.

CUCA—(Como un fiscal. A Beba.) Señor juez, el procesado, durante el interrogatorio anterior, ha empleado una cantidad sorprendente de evasivas, lo que hace imposible cualquier intento de aclarar...

BEBA—(Como un juez. A Cuca. Golpea fuertemente la mesa.) Aténgase al cuestionario de orden.

CUCA—(Como un fiscal. Solemne.) Le repito al señor juez que el procesado obstaculiza sistemáticamente todo intento de esclarecer la verdad. Por tal motivo, someto a la consideración de la sala las siguientes preguntas: ¿Puede y debe burlarse a la justicia? ¿La justicia no es la justicia? ¿Si podemos burlarnos de la justicia, la justicia no deja de ser la justicia? ¿Si debemos burlarnos de la justicia, es la justicia otra cosa y no la justicia?... En realidad, señores de la sala, ¿tendremos que ser clarividentes?

BEBA—(Como un juez. Implacable, golpeando la mesa.) Exijo al señor fiscal que no se extralimite en sus funciones.

CUCA—(Como un fiscal, alardeando ante el público de sus recursos teatrales.) Ah, señoras y señores, el señor procesado, como todo culpable, teme que el peso de la justicia...

LALO—(Furioso, pero conteniéndose.) Estás haciendo trampas. Te veo venir. Quieres hundirme, pero no podrás.

CUCA—(Como un fiscal. Solemne y furioso. A Beba.) Señor juez, el procesado está actuando de una manera irreverente. En nombre de la justicia exijo la compostura adecuada. ¿Qué pretende el procesado? ¿Crear el desconcierto? Si ese es su propósito, tenemos que calificarlo abiertamente de intolerable. Los oficios de la ley y la justicia mantienen un tono lógico. Nadie puede quejarse de sus métodos. Están hechos a la medida del hombre. Pero el procesado, a lo que parece, no entiende, o no quiere entender, o quizá en su ánimo existan zonas turbias... o tal vez, prefiera esconderse, agazaparse en los subterfugios de la tontería y la agresividad. Reclamo que cada uno de los integrantes de este jurado y la sala en general tenga una clara conciencia de su actitud y que a la hora de emitirse el veredicto seamos equilibrados, pero al mismo tiempo implacables. Señoras y señores, el procesado, por una parte, declara abiertamente su culpabilidad; es decir, afirma haber matado. Este hecho lamentable rebasa los límites de la naturaleza y adquiere una dimensión exasperante, para cualquier ciudadano normal que transite las calles de nuestra ciudad; por otro lado, el procesado niega, claro que de una forma indirecta, y desvía la sucesión encadenada de los hechos, empleando las más disímiles argucias: contradicciones, banalidades y expresiones absurdas. Como por ejemplo: No sé; quizás; puede ser; sí y no. ¿Esa es una respuesta? O también el manido recurso de: Si yo tuviera clara conciencia de las cosas... Esto es inadmisibles, señores del jurado. (Avanzando hacia el primer plano, con gran efecto de teatralidad.) La justicia no puede detenerse pasivamente ante un caso semejante, donde toda la abyección, la malevolencia y la crueldad se reúnen. He aquí, señoras y señores, al más repugnante asesino de la historia. Vedlo. ¿No siente repulsión cualquier criatura frente a este detritus, frente a esta rata nauseabunda, frente a este escupitajo deleznable? ¿No se siente la necesidad del vómito y del improperio? ¿Puede la justicia cruzarse de brazos? Señoras y señores, señores del jurado, señores de la sala, ¿podemos admitir que un sujeto de tal especie comparta nuestras ilusiones y nuestras esperanzas? ¿Acaso la humanidad, es decir, nuestra sociedad, no marcha hacia el progreso resplandeciente, hacia una alborada luminosa? (Lalo intenta balbucear algunas palabras, pero el torrente oratorio de Cuca impide

*cualquier acto, gesto o palabra.*) Vedlo, indiferente, imperturbable, ajeno a cualquier sentimiento de ternura, comprensión o piedad. Ved ese rostro. *(En un grito.)* Un rostro impasible de asesino. El procesado niega haber cometido el asesinato por dinero, es decir, para robar, o para convertirse en el usufructuario de la pequeña pensión de sus padres. ¿Por qué mató, entonces? Porque, en realidad, no existe ningún móvil concluyente. ¿Tendremos entonces que convenir en que fue por odio? ¿Por venganza? ¿Por puro sadismo? *(Pausa. Lalo se mueve impaciente en su silla. Cúca, en un tono mesurado.)* ¿Puede la justicia admitir que un hijo mate a sus padres?

LALO—*(A Beba.)* Señor juez... yo quisiera, yo desearía...

CUCA—*(Como un fiscal.)* No, señores del jurado. No, señores de la sala. Mil veces no. La justicia no puede admitir tamaño desacato. La justicia impone la familia. La justicia ha creado el orden. La justicia vigila. La justicia exige las buenas costumbres. La justicia salvaguarda al hombre de los instintos primitivos y corruptores. ¿Podemos tener piedad de una criatura que viola los principios naturales de la justicia? Yo pregunto a los señores del jurado, yo pregunto a los señores de la sala: ¿existe acaso la piedad? *(Pausa.)* Pero nuestra ciudad se levanta, una ciudad de hombres silenciosos y arrogantes avanza decidida a reclamar a la justicia el cuerpo de este ser monstruoso... Y será expuesto a la furia de hombres verdaderos que quieren la paz y el sosiego. *(En tono grandilocuente.)* Por lo tanto exijo al procesado que contribuya a poner orden en el conocimiento de la realidad de los hechos. *(A Lalo.)* ¿Por qué mató a sus padres?

LALO—Yo quería vivir.

CUCA—*(Violenta.)* Esa no es una respuesta. *(Rápida.)* ¿Cómo lo hizo? ¿Les dio algún brebaje, un tóxico, primero? ¿O los ahogó entre las almohadas, sabiendo que estaban indefensos, y después los remató? ¿Cómo puso las almohadas? ¿Qué papel juegan esta jeringuilla y estas pastillas? ¿Son acaso pistas falsas? Explique usted, señor procesado. *(Pausa.)* ¿Los mató a sangre fría, planeando paso a paso los detalles del crimen, o fue en un rapto de violencia? Diga usted. ¿Solamente empleó este cuchillo? *(Agotado.)* En fin, señor procesado, ¿por qué los mató?

LALO—Yo me sentía perseguido, acosado.

CUCA—*(Como un fiscal.)* ¿Perseguido? ¿Por qué? ¿Acosado? ¿Por qué?

LALO—No me dejaban tranquilo un minuto.

CUCA—*(Como un fiscal.)* Sin embargo, los testigos presentes confiesan...

LALO—*(Interrumpiendo.)* Los testigos mienten...

CUCA—*(Como un fiscal. Interrumpiendo.)* ¿Niega usted la declaración de los testigos?

LALO—*(Firme.)* Esa noche no hubo nadie presente.

BEBA—*(Como un juez. A Lalo.)* El procesado debe ser más exacto en sus respuestas. Es fundamentalmente necesario. ¿Es cierto eso que acaba de afirmar?... El tribunal exige veracidad y concreción. El tribunal espera que el procesado acate, en el mejor sentido, estas exigencias de orden... Tiene la palabra el señor fiscal.

CUCA—*(Como un fiscal.)* ¿Y sus familiares más allegados...? ¿Su abuela, por ejemplo, sus tías... en fin, sus parientes? ¿Se veían frecuentemente? ¿Qué tipo de relación mantenían con ellos?

LALO—No teníamos ninguna.

CUCA—*(Como un fiscal.)* ¿Por qué?

LALO—Mamá odiaba a la familia de papá y papá no se llevaba bien con la familia de mamá.

CUCA—*(Como un fiscal.)* ¿No exagera el procesado en esos cargos? LALO—Ningún pariente nos visitaba... Mamá nunca quiso que vinieran a casa. Decía que eran hipócritas y envidiosos, que antes muerta. Papá pensaba lo mismo de los hermanos y primos y cuñados de mamá... Tampoco dejaban que los visitáramos.

CUCA—*(Como un fiscal.)* Eso no parece tener mucho fundamento. ¿Por qué...?

LALO—Nos repetían que nosotros valíamos más, que toda esa gente era baja, que no tenía condición...

CUCA—*(Como un fiscal.)* Pero usted, ¿nunca intentó establecer una relación, un contacto...?

LALO—Una vez lo intenté, pero me salió mal...

CUCA—*(Como un fiscal.)* ¿Conoce usted a la testigo señora Angelita...? *(Al Público.)* Su nombre, por favor. Gracias. ¿A la testigo señora Ángela Martínez?

LALO—Sí.

CUCA—*(Como un fiscal.)* Estuvo en su casa, ¿antes o después de los hechos?

LALO—Antes. *(Pausa.)* Serían como las seis de la tarde.

CUCA—*(Como un fiscal.)* Ella, en sus declaraciones, insiste en que ustedes jugaban de una manera especial... ¿Qué tipo de juego tenían en la casa? *(Pausa.)* ¿No había en él algo... enfermizo? *(Pausa.)* Responda: ¿No era un juego monstruoso?

LALO—(Firme.) No sé.

CUCA—(Como un fiscal.) Sus padres, según tengo entendido, se quejaban...

LALO—Toda la vida, desde que tengo uso de razón, oí siempre las mismas quejas, los mismos sermones, la misma cantaleta.

CUCA—(Como un fiscal.) Habría alguna razón.

LALO—A veces sí, a veces no... Una razón machacada hasta el infinito se convierte en una sinrazón.

CUCA—(Como un fiscal.) ¿Eran sus padres tan exigentes?

LALO—No entiendo.

CUCA—(Como un fiscal.) La pregunta es la siguiente: ¿qué tipo de relación tenía usted con sus padres?

LALO—Creo haberlo dicho ya: me pedían, me exigían, me vigilaban.

CUCA—(Como un fiscal.) ¿Qué pedían? ¿Qué exigían? ¿Qué vigilaban?

LALO—(Desesperado.) No sé. No sé. (Repetiendo. Automáticamente.) Lava los platos, lava los manteles, lava las camisas. Limpia el florero, limpia el orinal, limpia los pisos. No duermas, no sueñes, no leas. No sirves para nada.

CUCA—(Como un fiscal.) ¿Creen los señores del jurado y los señores de la sala que esos sean motivos capaces de provocar tal enajenación que un individuo se sienta impelido por ellos al asesinato?

LALO—(Balbuceante.) Yo quería...

CUCA—(Como un fiscal.) ¿Qué quería usted? (Pausa.) Responda.

LALO—(Sincero.) La vida.

CUCA—(Como un fiscal. Con sarcasmo.) ¿Le negaban sus padres la vida? (Al público.) ¿No es ésa una evasiva del procesado?

LALO—(Apasionado.) Yo quería, anhelaba, deseaba desesperadamente hacer cosas por mí mismo.

CUCA—(Como un fiscal.) ¿Sus padres se oponían?

LALO—(Seguro.) Sí.

CUCA—(Como un fiscal.) ¿Por qué?

LALO—Decían que yo no tenía dos dedos de frente, que era un vago, que jamás podría hacer algo de valor y provecho.

CUCA—(Como un fiscal. Con mucha parsimonia.) ¿Qué cosas eran las que usted quería realizar? ¿Quiere explicarse el procesado?

LALO—(Atormentado, esforzándose, un poco confundido.) Es muy difícil... No sé. Era algo. ¿Sabe usted? Algo. ¿Cómo podré decirlo? Es que yo sé que existe, que está ahí; pero no puedo ahora. (Cuca se sonríe con cierta malvada intención.) Mire... Sé que es otra cosa, pero es que... (Seguro.) Yo trataba, por todos los medios, de complacerlos... Una vez cogí una pulmonía... No. No debo decirlo... es que... Las cosas siempre salían mal. Yo no quería que fueran así; pero no podía hacer otra cosa; y entonces...

CUCA—(Como un fiscal.) Entonces, ¿qué...?

LALO—Me gritaban, me golpeaban, me castigaban, horas intermi-

morir, que estaban esperando que me fuera de casa para ver si me moría de hambre, para ver qué iba a hacer.

CUCA—(Con una sonrisa cínica.) ¿Está usted seguro de lo que dice?

LALO—Sí.

CUCA—(Como un fiscal, en otro tono.) Hable, hable. Prosigga.

LALO—Yo era muy desgraciado.

CUCA—(Como un fiscal.) ¿Por qué?

LALO—La casa se me caía encima. Yo sentía que se iba derrumbando, a pesar de que mis padres no se dieran cuenta, ni mis hermanas, ni los vecinos.

CUCA—(Como un fiscal.) No entiendo. ¿Qué quiere decir exactamente?

LALO—Aquellas paredes, aquellas alfombras, aquellas cortinas y las lámparas y el sillón donde papá dormía la siesta y la cama y los armarios y las sábanas... todo eso, lo odiaba, quería que desapareciera.

CUCA—Usted odiaba todo eso. Y a sus padres, por supuesto, los odiaba también, ¿no es así?

LALO—(Abstraído.) O quizás lo mejor era huir. Sí,irme a cualquier parte: al infierno o a la Cochinchina.

CUCA—(Como un fiscal. Exagerando el tono declamatorio.) Señores del jurado, señores de la sala...

LALO—(Prosigue, como hipnotizado.) Un día, jugando con mis hermanas, de repente, descubrí... (Pausa.)

CUCA—(Como un fiscal. Parece cobrar un súbito interés por la divagación de Lalo.) ¿Qué descubrió?

LALO—(En el mismo tono anterior.) Estábamos en el último cuarto, jugábamos... Es decir, representábamos... (Sonríe como un idiota.) A usted le parecerá una bobería, pero... Yo era el padre. No, mentira.

Creo que en ese momento era la madre. Era todo un juego... (En otro tono.) Pero, allí, en ese momento, llegó hasta mí esa idea... (Vuelve a sonreír como un tonto.)

CUCA—(Como un fiscal. Con creciente interés.) ¿Qué idea?

LALO—(Con la misma sonrisa.) Es muy fácil; pero resulta complicado. Uno no sabe realmente si dice lo que siente. Yo... (Mueve las manos como si tratara de explicarse en ese movimiento.) Yo sabía que lo que los viejos me ofrecían no era, no podía ser la vida. Entonces, me dije: «Si quieres vivir tienes que...» (Debe detenerse, hacer gesto de apuñalar, o crispas los puños, como triturando algo.)

CUCA—(Como un fiscal.) ¿Qué sintió en aquel momento?

LALO—(Como un bobo.) No sé, imagínese usted.

CUCA—(Como un fiscal.) ¿No sintió miedo?

LALO—De repente, creo que sí.

CUCA—(Como un fiscal.) ¿Y luego?

LALO—Luego, no.

CUCA—(Como un fiscal. En otro tono, un poco irónico.) ¿Se acostó a la idea?

LALO—Me acostumbré.

CUCA—(Como un fiscal. Vuelve a reaccionar violentamente.) ¿Cómo? (Dando un golpe sobre la mesa.) Esto es inaudito, señores de la sala.

LALO—Sí, es cierto. Me acostumbré. (A medida que Lalo avanza en el monólogo se irá transformando.) Parece terrible, sin embargo... Yo no deseaba que fuera así; pero la idea me daba vueltas y más vueltas, llegaba y se iba, y volvía otra vez. Al principio quise borrarla... ¿usted me comprende...? Y ella insistía: «Mata a tus padres. Mata a tus padres». Créi que iba a enloquecer, le aseguro que sí. Corría y me metía en la cama. A veces me entraban unas calenturas... Sí, tuve fiebre. Pensé que me desinflaría como un globo, que reventaba, que era el diablo quien me hacía señas; y temblaba entre las sábanas. Si usted supiera... No dormía; noches y más noches en vela. Tenía escalofríos... Y era espantoso porque vi que la muerte se me acercaba, poco a poco, detrás de la cama, entre las cortinas y entre las ropas del armario y se convirtió en mi sombra y me susurraba entre las almohadas: «Asesino», y luego desapareció como por encanto; y me ponía delante del espejo y contemplaba a mi madre muerta en el fondo de un ataúd y a mi padre ahorcado que se reía y me gritaba; y por las noches sentía las manos de mi madre en las almohadas, arañándome. (Pausa.) Todas las

mañanas sufría al despertarme: era como si yo me levantara de la muerte abrazado a dos cadáveres que me perseguían en sueños. Por momentos estaba tentado... pero, no... no... ¿irme de la casa?, ¡ni pensarlo! Ya sabía a lo que estaba sometido... siempre tuve que regresar y siempre decía que no lo volvería a hacer. Ahora estaba decidido a no reincidir en esa loca aventura... ¡Todo, menos eso! Entonces se me metió en la cabeza que debía arreglar la casa a mi manera, disponer... La sala no es la sala, me decía. La sala es la cocina. El cuarto no es el cuarto. El cuarto es el inodoro. (Pausa breve.) ¿Qué otra cosa podía hacer? Si no era esto, debía destruirlo todo, todo; porque todos eran cómplices y conspiraban contra mí y sabían mis pensamientos. Si me sentaba en una silla, la silla no era la silla, sino el cadáver de mi padre. Si cogía un vaso de agua, sentía que lo que tenía entre las manos era el cuello húmedo de mi madre muerta. Si jugaba con un florero, caía de repente un enorme cuchillo al suelo. Si limpiaba las alfombras, no podía nunca terminar, porque era un coágulo de sangre. (Pausa.) ¿No ha sentido usted alguna vez algo parecido? Y me ahogaba, me ahogaba. No sabía dónde estaba ni qué era todo aquello. ¿A quién contarle estas cosas? ¿Podía confiar en alguien? Estaba metido en un hoyo y era imposible escapar... (Pausa.) Pero tenía la peregrina idea de que podría salvarme... No sé de qué... Quizás, bueno es un decir... Uno quiere explicarlo todo y casi... por lo regular, se equivoca... Quizás yo quería salvarme de aquel ahogo, de aquel encierro... Poco después, sin saber cómo, esto se fue transformando. Oí un día una voz, no sé de dónde. Si esto me estaba ocurriendo, era algo grave, extraño, desconocido para mí y debía hablarlo, porque, quizás inesperadamente, ocurriría una catástrofe y no era cuestión de confiar en mis fuerzas, pero... no... Nadie comprendería. Se reírían, se burlarían. Oía entonces las carcajadas y los chistes de mis hermanas por los cuartos y en los corredores y en los patios de mi casa... Y así, junto a las carcajadas y chistes de mis hermanas, sentí que miles de voces repetían al unísono: «Mátalos», «mátalos». No, no crea que es un cuento de camino. Se lo juro, es la verdad. Sí, la verdad... (Como un iluminado.) Desde entonces conocí cuál era mi camino y fui descubriendo que todo, las alfombras, la cama, los armarios, el espejo, los floreros, los vasos, las cucharas y mi sombra, en un murmullo, reclamaban: «Mata a tus padres». (Lo dice casi en éxtasis musical.) «Mata a tus padres». La casa entera, todo, todo, me exigía ese acto heroico. (Pausa.)

CUCA—(Violenta.) Me voy. Estás jugando sucio.



LALO—Hay que llegar hasta el final.

CUCA—Yo no puedo permitirte...

LALO—Tú también has tratado de aprovecharte.

CUCA—Lo que has hecho es imperdonable. Cada uno a su parte; fue lo conveniente.

LALO—¿No me digas? Entonces tú...

BEBA—(Como un juez. Agitando la campanilla.) ¡Orden! ¡Silencio! Pido a los señores de la sala que guarden la debida compostura...

CUCA—(Como la madre. A Beba) Sargento de Carpeta, perdone usted mi atrevimiento; pero yo deseo que se realice una investigación a fondo, desde el principio. Exijo una revisión de todo el proceso. Por eso he venido aquí. Yo deseo declarar. Mi hijo se presenta como una víctima y es todo lo contrario. Reclamo que se haga justicia en nuestro caso. (Beba comienza a repetir el tac-tac de la máquina de escribir. Exagerando.) Si usted supiera la vida que nos ha hecho pasar esta criatura. Es algo tan terrible, tan...

BEBA—(Como el sargento. A Cuca.) Hable usted...

LALO—(Casi fuera de situación.) Pero, mamá, yo... (Lalo se siente acorralado.) Yo... te juro...

CUCA—(Como la madre.) No me jures nada. Te quieres pasar por bobo, pero conozco tus artimañas, tus juegos, tus porquerías. Por algo te parí. Nueve meses de mareos, vómitos, sobresaltos. Ese fue el anuncio de tu llegada. ¿Quieres engatusarme? ¿A qué vienen esos juramentos? ¿Crees que has conmovido al público y que podrás salvarte? Dime, ¿de qué? (Se ríe, con gran desparpajo.) ¿En qué mundo vives, mi hijito? (Burlándose.) Oh, ángel mío, me das pena. Verdaderamente eres, bueno, ¿para qué decirlo?... (A Beba.) ¿Sabe usted, Sargento? Un día se le metió entre ceja y ceja que debíamos arreglar la casa a su antojo... Yo, al oír aquel disparate, me opuse terminantemente. Su padre puso el grito en el cielo. Pero ¿qué cosa es eso? Ay, usted no se imagina... El cenicero encima de la silla. El florero en el suelo ¡Qué horror! Y luego se ponía a cantar a todo meter, corriendo por toda la casa: «La sala no es la sala. La sala es la cocina». Yo, en estos casos, me hacía la sorda, como si oñera llover. (En otro tono. Dura, seca.) Has contado sólo la parte que te interesa... ¿Por qué no cuentas lo demás? (En otro tono, de burla.) Has contado tu martirologio, cuenta el nuestro, el de tu padre y el mío. Me gustaría que refrescaras la memoria. (Transformándose.) Señor juez, si usted supiera las lágrimas que he derramado, las humillaciones que he recibido, las horas de angustia, los sacrificios... Mire usted mis manos... Da grima

verlas. (Casi con lágrimas en los ojos.) Mis manos... Si usted las hubiera visto antes de casarme... Y todo, lo he perdido: mi juventud, mi alegría, mis distracciones. Todo lo he sacrificado por esta fiera. (A Lalo.) ¿No te avergüenzas? ¿Sigues creyendo que has realizado un acto heroico? (Con asco.) Miserable. No sé cómo pude tenerte tanto tiempo en mis entrañas. No sé cómo no te ahogué cuando naciste. (Beba agita la campanilla.)

LALO—Mamá, yo...

CUCA—(Como la madre.) Nada, nada. No mereces el pan que te damos. No mereces cada uno de mis sufrimientos... Porque tú, tú, eres el culpable. El único culpable.

LALO—(Violento.) Déjame, déjame ya.

CUCA—(Como la madre. Violenta.) Me estoy poniendo vieja. Eso debes pensarlo y sacrificarte. ¿Crees que yo no tengo derecho a vivir? ¿Crees que voy a pasarme la vida en una continua agonía? Tu padre no se ocupa de mí y tú tampoco. ¿A dónde voy a parar? Si, ya sé que están esperando que me muera, pero no les daré ese gusto. Lo gritaré a los vecinos, a la gente que pasa. Ya verás. Esa será mi venganza. (Gritando.) Auxilio. Socorro. Me están matando. (Estalla en sollozos.) Soy una pobre vieja que se muere de soledad. (Beba agita la campanilla.) Sí, señor juez, estoy encerrada entre cuatro paredes sucias. No veo la luz del sol. Mis hijos no tienen consideración. Estoy ajada, marchita... (Como si estuviera delante de un espejo. Comienza acariciando su rostro y termina golpeándolo.) Mire estas arrugas. (Señalando las líneas de las arrugas, con rencor y asco.) Mire estos pellejos. (A Lalo.) Así los tendrás algún día. Ay, lo único que deseo es que les pase lo mismo que a mí. (Arrogante.) Yo siempre he sido, señor juez, una mujer justa.

LALO—(Un tanto burlón.) ¿Estás segura? Piénsalo bien, mamá.

CUCA—(Como la madre.) ¿Qué quieres decir? ¿Qué pretendes?

LALO—(Sarcástico.) Que yo sé que mientes. Que yo sé que una vez me acusaste...

CUCA—(Como la madre. Indignada. Lo interrumpe con un grito.) ¡Lalo! (Pausa. Como la madre.) Lalo, ¿serías capaz de afirmar?... (Pausa. Da unos pasos. Parece nuevamente irritada.) ¡Esto es el colmo! Señor juez... (Casi sollozando.) Ay, Lalo... (Limpiándose las lágrimas con las manos.) ¿Que yo, Lalo...? (Con una duda evidente.) Tú crees que yo... ¿Será posible eso? (Con una débil sonrisa.) Oh, perdóname, señor juez... Es probable que sí... Pero, vamos, fue una bobería. (Se ríe groseramente.) Yo estaba encaprichada en tener un vestido de tafetán rojo precioso... Un vestido que se exhibía en la vidriera del Nuevo Bazar.

Mi marido ganaba noventa pesos. Figúrese usted... Había que hacer milagros todos los meses para poder sobrevivir. Y yo tenía que arar con esos bueyes. Noventa pesos del Ministerio, señor juez... y punto. Pues, como le iba diciendo... Yo estaba desesperada, loca, por aquel vestido. Soñaba con él... Lo veía hasta en la sopa. En fin, un día, sin más ni más, decidí sacar el vestido del dinero de la comida. Y entonces inventé una historia.

BEBA—(Como un juez.) ¿Qué historia?

CUCA—(Como la madre. Con gran desparpajo.) Cuando Alberto llegó... Vino borracho como acostumbra... Le dije: Oye, viejo, pregúntale a tu hijo... (Se acerca a Beba para secretear.) Porque creo que nos ha robado.

BEBA—(Como un juez.) ¿Por qué lo hizo?

CUCA—(Como la madre. Con cierta ordinarietà.) No sé... Era más cómodo... (Termina de hacer la historia con gran exageración.) Entonces Alberto cogió una soga y no quiera usted saber la entrada de golpes que le dio al pobrecito Lalo... En realidad, era inocente; pero... ¡Yo quería tanto aquel traje rojo! (Acercándose a Lalo.) ¿Me perdonas, hijo mío?

LALO—(Duro, hermético.) No tengo que perdonarte.

CUCA—(Como la madre. Con cierto histerismo.) Respétame, Lalo. (Con tono dramático.) Ya no soy la de antes. Estoy gorda, fea... ¡Ay, este cuerpo!

LALO—No pienses más en eso.

CUCA—(Como la madre. Autoritaria.) Te digo que me respetes.

LALO—Sólo estaba jugando.

CUCA—(Como la madre. Dura, imperativa.) No me vengas con juguetos. Tu padre es un viejo que anda corriendo como un loco detrás de algo que no existe. Igual que tú. Que te sirva de ejemplo. Haciendo el papelito «del que todo lo puede» y en realidad es una basura... Una porquería. No sirve para nada. Siempre ha sido un Don Nadie. Ha vivido del cuento y pretende seguir haciéndolo. A veces he deseado que se muera. ¿Por qué tuve que amarrarme a un hombre que nunca me ha ofrecido una vida distinta?... (Pausa. En otro tono.) Anda... (Pausa.) Si no fuera por mí, señor juez, esta casa se hubiera derrumbado, señor juez... Sí, por mí, por mí...

LALO—(Como el padre. Con voz segura, casi terrible.) Ella miente, señor juez.

CUCA—(Como la madre. A Lalo.) ¿Cómo te atreves?

LALO—(Como el padre. A Beba) Es cierto lo que digo. Ella trata de ponerlo todo negro. Sólo ve la paja en el ojo ajeno. Yo, como padre, a veces he sido culpable. Y ella también. (En tono más seguro.) Como todos los padres hemos cometido injusticias y algunos actos imperdonables.

CUCA—(Como la madre. Con odio.) Venías con manchas de colorete y pintura de labios en las camisas y los pañuelos.

LALO—(Como el padre. Violento.) Cállate. No quieres que diga la verdad.

CUCA—(Como la madre. Violenta.) Señor juez, sus borracheras, sus amigos, sus invitados a deshora...

LALO—(Como el padre. Violento.) ¿Quién lleva los pantalones en esta casa?

CUCA—(Como la madre. Violenta.) En la casa mando yo.

LALO—(Como el padre. Violento.) Eso. «En la casa mando yo». Sí, tú... la que manda. A eso se reduce toda tu vida. Te has burlado de mí. Me has humillado. Esa es la realidad. Dominar. (Pausa breve.) He sido un imbécil, un comemierda. Perdonen la palabra, señores del jurado.

CUCA—(Como la madre. Sarcástica.) Vaya, hombre. Menos mal que lo reconoces.

LALO—(Como el padre. Violento.) Sí... ¿para qué negarlo? (Pausa. Ordenando sus pensamientos.) Fui al matrimonio con ciertas ilusiones. Si dijera que había cifrado todas mis ilusiones en el matrimonio estaría exagerando y mintiendo a la vez. Fui como va la mayoría, pensando que así tendría algunas cosas resueltas: la ropa, la comida, una estabilidad... y un poco de compañía, y... en fin... ciertas libertades. (Como si se golpeara interiormente.) Imbécil. Imbécil. (Pausa. En otro tono.) No pensaba en ningún momento que sería lo que fue.

CUCA—(Como la madre. Violenta.) No pensabas. «Lo ancho para mí y lo estrecho para ti», ése es el lema de todos. Conmigo la cosa tenía que ser distinta.

LALO—(Como el padre. Con cierta amargura.) Sí, es cierto. Y claro que fue bien distinta. Días antes de casarnos empezaron las contradicciones: que si la iglesia era de barrio y no de primera categoría, que si el traje de novia no tiene la cola muy larga, que tus hermanas decían, que tu madre, que tu prima, que tu tía, que tus amigas pensaban, que si tu abuela había dicho, que si los invitados debían ser tal y mascul, que si el cake no tiene diez pisos, que si tus amigos deben ir de etiqueta...

CUCA—(Como la madre. Retadora.) Habla... Dilo, dilo todo. Vomítalo, que no te quede nada por dentro. Al fin descubro que me odias.

LALO—(Como el padre. Firme, convencido.) Sí, es cierto. Y no sé por qué. Pero sé que es así. (En otro tono.) Cuando novios te metiste en mi cama porque sabías que era la única manera de agarrarme. Esa es la verdad.

CUCA—(Como la madre. Retadora.) Sigue, sigue. No te detengas.

LALO—(Como el padre. Firme.) No querías criar sobrinos. Odiabas a los muchachos... ¿Pero soltera, quedarte soltera...? No, no. Tú ibas a tener un marido. Sea quien fuere. Lo importante era tenerlo.

CUCA—(Como la madre. Acercándose a él, furiosa.) Te odio, te odio, te odio.

LALO—(Como el padre. Retador.) Un marido te daba seguridad. Un marido te hacía respetable. (Irónico.) Respetable... (Pausa.) No sé cómo explicarme... La vida, en todo caso, es algo así, si se quiere...

CUCA—(Como la madre. Desesperada.) Mentira, mentira, mentira.

LALO—(Como el padre. Violento.) ¿Me vas a dejar hablar?

CUCA—(Fuera de situación.) Estás haciendo trampas otra vez.

LALO—(Como el Padre.) No quieres que la gente se entere de la verdad.

CUCA—(Fuera de situación.) Estamos discutiendo otra cosa.

LALO—(Como el padre.) Tienes miedo de llegar al final.

CUCA—(Fuera de situación.) Lo que quieres es aplastarme.

LALO—(Como el padre. Violento.) ¿Y tú qué has hecho? Dime, ¿qué has hecho conmigo? ¿Y con ellos? (Burlándose.) «Me pongo fea, Alberto. Estoy hinchada. Con tu sueldo no podemos mantenerlos». (Pausa.) Y yo no sabía los motivos, las razones verdaderas. Y, hoy, te digo: «Ponte la mano en el corazón y respóndeme, ¿me has querido alguna vez?» (Pausa.) Pero no importa. No digas nada. Estoy viendo claro. Han tenido que pasar un burujón de años para que entre en razón. «Alberto, los muchachos... No puedo con ellos. Ocupate tú». Mientras más pasaba el tiempo mayores eran las exigencias, mayor era tu egoísmo. (Pausa.) Y yo, en la oficina, allá en el Ministerio, con los números, los chismes y los amigos que venían y decían: «Hombre, ¿hasta cuándo vas a seguir así?» (Cuca comienza a cantar. «La sala no es la sala. La sala es la cocina. El cuarto no es el cuarto. El cuarto es el inodoro»). Debe establecerse una fuerte interrelación entre los cantos y las palabras de Lalo y Cuca. Los cantos de Beba aparecen primeramente como gruñidos y se van transformando hasta alcanzar un acento dulce, sencillo, ingenioso casi. Lalo, burlón.) ¿Y tú? «Hoy llamó tu hermana, la muy

intrigante. Estos muchachos. Mira cómo tengo las manos de lavar. Estoy desesperada, Alberto. Quisiera morirme». Y venían tus lágrimas y los muchachos gritando y yo creía que me volvía loco y daba vueltas en un mismo círculo siempre... Y salía de casa, a veces a medianoche, y me daba unos tragos. Y sentía que me ahogaba, que me ahogaba... (Pausa. Sin aliento.) Y había otras mujeres y no me atrevía a pensar en ellas... Y sentía unas ganas terribles de irme, de volar, de romper con todo. (Pausa.) Pero tenía miedo; y el miedo me paralizaba y no me decidía y me quedaba a medias. Pensaba una cosa y hacía otra. Eso es terrible. Darse cuenta al final. (Pausa.) No pude. (Al público.) Lalo, si tú quieres, puedes. (Pausa.) Ahora me pregunto: ¿Por qué no viviste plenamente cada uno de tus pensamientos, cada uno de tus deseos? Y me respondo: Por miedo, por miedo, por miedo.

CUCA—(Como la madre. Sarcástica.) Yo de eso no tengo la culpa, mi hijito. (Pausa. En otro tono. Desafiante.) Y tú, ¿qué querías que hiciera? Estos muchachos son el diablo. Me convertían la casa en un chiquero. Lalo rompía las cortinas y las tazas y Beba no se conformaba con destruir las almahadas... Y a ti bien que te gustaba llegar y encontrarlo todo a mano. ¿Te acuerdas cuando Beba se orinó en la sala? Tú te escandalizaste y decías: «En mi casa nunca ocurrió eso». ¿Tenía yo acaso la culpa? ¿Yo?... Ponía una silla aquí. (Mueve una silla.) Y me la encontraba acá. (Mueve la silla a otro lugar.) ¿Qué querías que hiciera?

LALO—(Vencido.) Había que limpiar la casa. (Beba deja de cantar.) Sí... Había que cambiar los muebles, sí... (Pausa. Con gran melancolía.) En realidad, había que hacer otra. (Pausa. Lentamente.) Pero ya estamos viejos y no podemos. Estamos muertos. (Pausa larga. Violenta.) Siempre pensaste que eras mejor que yo.

CUCA—(Como la madre.) Contigo he desperdiciado mi vida.

LALO—(Como el padre. En tono de venganza.) No puedes escapar. Aguanta. Aguanta. Aguanta.

CUCA—(Como la madre. Entre sollozos.) Empleadillo de mala muerte. Ojalá se murieran los tres.

BEBA—(Como Lalo. Gritando y moviéndose en forma de círculo por todo el escenario.) Hay que quitar las alfombras. Vengan abajo las cortinas. La sala no es la sala. La sala es la cocina. El cuarto no es el cuarto. El cuarto es el inodoro. (Beba está en el extremo opuesto a Lalo, de espaldas al público. Lalo, también de espaldas al público, se va doblando lentamente. En un grito espantoso.) Ayyyyy. (Entre sollozos.) Veo a mi madre muerta. Veo a mi padre degollado. (En un grito.) ¡Hay que tumbar esta casa! (Pausa larga.)

LALO—Abre esa puerta. (*Cae de rodillas.*)

(*Cuca lentamente se levanta, va hacia la puerta del fondo y la abre.*  
*Pausa. Se dirige hacia la mesa y coge el cuchillo.*)

BEBA—(*Tono normal.*) ¿Cómo te sientes?

CUCA—(*Tono normal.*) Más segura.

BEBA—¿Estás satisfecha?

CUCA—Sí.

BEBA—¿De veras?

CUCA—De veras.

BEBA—¿Estás dispuesta, otra vez?

CUCA—Eso no se pregunta.

BEBA—Llegaremos a hacerlo un día...

CUCA—(*Interrumpiendo.*) Sin que nada falle.

BEBA—¿No te sorprendió que pudiera?

CUCA—Uno siempre se sorprende.

LALO—(*Entre sollozos.*) Ay, hermanas mías, si el amor pudiera...  
Sólo el amor... Porque a pesar de todo, yo los quiero.

CUCA—(*Jugando con el cuchillo.*) Me parece ridículo.

BEBA—(*A Cuca.*) Pobrecito, déjalo.

CUCA—(*A Beba. Entre risas burlonas.*) Míralo. (*A Lalo.*) Así quería verte.

BEBA—(*Sería de nuevo.*) Está bien. Ahora me toca a mí.

TELÓN